

# Leviatán

REVISTA MENSUAL DE HECHOS E IDEAS



Director: LUIS ARAQUISTAIN

JOSE ORTEGA Y GASSET: PROFETA  
DEL FRACASO DE LAS MASAS

por LUIS ARAQUISTAIN

LA DESIGUALDAD EN EL ESTADO SOVIETICO

por LUIS FISCHER

~~EL CARACTER DE LA GUERRA EN EL REGIMEN CAPITALISTA~~

~~por A. GARCIA PELAYO~~

~~ARTICULOS~~

~~UNA CONVERSACION ENTRE STALIN Y WELLS. LIBROS Y~~

~~: : : REVISTAS: *Un plan más*, por Aurelio Natoli. : : : :~~

ESTE NUMERO HA SIDO VISADO POR LA CENSURA

B.N.  
53  
/



~~6-11-4~~



# Leviatán

REVISTA MENSUAL DE HECHOS E IDEAS

Director: Luis Araquistáin

NUMERO 9

MADRID

ENERO - 1935

## José Ortega y Gasset: profeta del fracaso de las masas

Por LUIS ARAQUISTAIN

II

La crítica y el santónismo.

Siento que algunos lectores de la primera parte de este trabajo (publicada en el número de diciembre) hayan visto en ella lo que vulgarmente se llama un ataque personal. Pero no me sorprende. En España toda crítica que no sea turiferaria pasa por agresión personal, hija de la envidia o secreción hepática; en el mejor de los casos, pasión desenfundada, de energúmeno o embestida irrespetuosa de bárbaro. Esto explica la decadencia de la crítica en nuestro país, revelada en la escasísima bibliografía de los últimos treinta años. En otras lenguas son legión los escritores que viven exclusivamente del oficio de críticos. En España no conozco a nadie. La crítica es aquí señal de mal carácter, de alma atravesada; concepción natural en un pueblo que tiene como la norma más útil a la convivencia y más segura para el éxito la de ser simpático. ¿Y a quién le agrada ganar fama de ogro o de mala persona?

Esta inhibición de las mejores inteligencias en las funciones de la crítica explica a su vez el desarrollo teratológico del santónismo entre nosotros, probable herencia de un tipo social frecuente en la raza musulmana. Nuestra vida oficial—Academias, Universidades, etc.—está llena de santones, a quienes es *tabú* discutir. El ideal del santón es cruzar la vida entre un orfeón de loas, por irreflexivas y estúpidas que sean, a imagen y semejanza de las que la divinidad, según la doctrina católica, recibe de los coros angélicos; el san



tón se considera como un dioscello, como un dios en miniatura. La menor crítica consterna hasta el anonadamiento al santón y sus sectarios, que se mesan los cabellos y se rasgan las vestiduras ante tal evidencia de la maldad humana. Porque la mayor de las maldades es querer dialogar con los dioses santones, que a eso equivale la crítica. El santón, como todo dios auténtico sólo monologa; el resto de la humanidad, la humanidad-masa, tiene el deber de escuchar y callarse.

Por lo demás, es cierto que en toda crítica a fondo de una doctrina hay que debe haber una crítica de su autor, del hombre. En este sentido toda crítica es personal. No voy solo en esta opinión; me acompaña el propio Ortega y Gasset, quien, refiriéndose a unas páginas suyas dedicadas al segundo centenario del natalicio de Kant, escribe lo siguiente: «No se habla en ellas propiamente de la filosofía de Kant, sino de la relación entre Kant y su filosofía. Esta manera de tratar una filosofía no hablando de ella misma, sino de su articulación con el hombre que la produjo, no es un capricho ni una curiosidad complementaria. Yo creo que en ello consiste la verdadera sustancia de una historia de la filosofía.» (877). (1). Esto mismo había dicho ya Dilthey, como recordaba yo en el trabajo precedente. Vamos, pues, en buena compañía.

La crítica personal está justificada, incluso en sus formas más violentas cuando se inspira en móviles objetivos, cuando sirve a valores impersonales. Y a veces se combate, no por menosprecio al combatido, sino, al contrario, por haberle tenido en alto aprecio, por un sentimiento de resentimiento de defraudación o desengaño, por la amargura de verle arrojar por la borda una gran misión a que le creíamos destinado. Cuando hacemos un balance de la obra de Ortega y Gasset, su voluminoso déficit nos duele como un negocio propio malogrado, como una viva esperanza frustrada.

Durante no pocos años nos forjamos la ilusión de que, gracias a él, la filosofía alemana se aclimataría al fin en España en sus manifestaciones más hondas y fecundas para los dos objetivos a que esencialmente ha de servir toda filosofía: como ciencia previa del conocimiento y como norma de la vida. El desencanto ha sido grande y doloroso. Como «filosofía pura», Ortega nos ha dado una serie de ensayos de gran rutilación retórica, pero de pensamiento inconcluso y contradictorio, como de obra casi siempre improvisada, por lo general desprovista de una información completa o bastante amplia, cuyas fuentes, por otra parte, rara vez aparecen en sus escritos, con un afán de ocultación que se compadece mal con la vocación del verdadero pedagogo quien pretenda conocer a través de su obra la bibliografía que le ha inspirado o simplemente orientado en la manigua de la cultura contemporánea, para compulsar lo que es suyo y lo que es ajeno, y en este caso para comprobar si sus interpretaciones son o no exactas, perderá el tiempo. En sus estudios apenados se citan otras obras que las que todo el mundo conoce; pero sobre esto volveremos más adelante.

Y como filosofía práctica, interpretación de la historia y regla de la vida, ya hemos visto en el trabajo anterior cuál es la enseñanza de Ortega: la

(1) El número en paréntesis indica la página de las *Obras* de José Ortega y Gasset de donde toma la cita. Salvo indicación en contra, se entenderá que todas las citas de este trabajo proceden de dichas *Obras*, y las páginas se señalarán de igual modo.

un cómitre antiguo que pide el látigo, es decir, el fracaso, el dolor y la miseria, para que las masas de forzados, que en la galera tienen la insolencia de sublevarse contra su destino, escarmienten y vuelvan a su «misión biológica»; esto es, a seguir a los mejores» (1). Ya vimos también que en él estas «ideas» son de siempre; pero esperábamos que la madurez, el otoño de la inteligencia las «humanizase», no en el sentido compasivo o misericordioso de la palabra, sino en el de tomar la vida en serio, no como juego o deporte, según aconseja que se tome el arte, «deshumanizándolo». Su prólogo de 1934 a *España invertebrada* nos ha arrancado, asimismo, esta ilusión. Hay que deshumanizar también la «filosofía de la vida». El cómitre se ratifica. Pues tratémosle como cómitre.

**El filósofo distraído.** Si esta filosofía fuera sólo política descarnada, sin trampa ni cartón, nada habría que decir, más que oponerle otra política. Pero pretende nada menos que ser doctrina de alto coturno, original filosofía de la Historia, nueva concepción de la sociedad y el Estado, y esto es lo que no podemos admitir. ¿Qué es, pues, la filosofía de Ortega? No es fácil averiguarlo, si en ella se busca un sistema de ideas o simplemente una continuidad de pensamiento. Durante unos años se adhiere a una escuela filosófica y luego la abandona, no sabemos si para adscribirse a otra determinada—por lo menos nunca lo confiesa inequívocamente—o para mariposear de flor en flor.

Hace unos meses, en un fragmento de un libro sobre Wilhelm Dilthey declaraba con plausible sinceridad, que de haber conocido a tiempo la obra de este filósofo e historiador, probablemente no hubiera escrito nada de cuanto lleva publicado. La confesión, plausible y todo, no deja de ser grave. Es grave que un filósofo, después de los cincuenta años, descubra de pronto que otro filósofo invalida toda su obra anterior, o bien porque le convence de su error o bien porque, pareciéndose ambos pensamientos, ha formulado mucho antes el suyo de modo insuperable. Lo primero revelaría una inconsistencia mental inconcebible en un pensador original. Lo segundo, y en general todo el asunto, pone en evidencia una falta de información incomprensible en un filósofo profesional. Dilthey murió en Berlín en 1911. Ortega estaba en esa fecha en Berlín o debió llegar muy poco tiempo después. ¿Cómo no se enteró de la poderosa existencia filosófica que se extinguía?

Es verdad que Dilthey fué reacio a escribir, y más aún a compilar lo escrito; el último volumen, el octavo, de sus obras completas se publicó en 1931. Pero ya en vida había formado una escuela extensa y muy influyente en la actual filosofía vitalista alemana y en sus relaciones con la pedagogía (Eduard Spranger y Hermann Nohl) y con la sociología (Theodor Litt). Dilthey influyó también en la filosofía fenomenológica de Husserl y sus discípulos, sobre todo en Martín Heidegger, cuya obra capital hasta ahora, *Sein und Zeit* (*Ser y Tiempo*), se considera como el fruto más sazonado de la escuela, y a su vez la fenomenología influyó en Dilthey. Uno de los mejores discípulos de éste, Georg Misch, cuenta la historia de esta interacción mental en su libro *Lebensphilosophie und Phaenomenologie* (1931). De Dilthey se ha dicho que es «el más grande historiador de la historia del espíritu, después de Hegel». ¿Cómo

(1) *España invertebrada*. 1934. Pág. 101.

pudo ignorar esto hasta hace un par de años un filósofo de oficio, cuya atención y curiosidad apenas se ha interesado más que por la filosofía alemana, y precisamente por un sector de esa filosofía que se enlaza muy estrechamente con la de Dilthey? Ante tan despistado guía, ¿qué fe pueden tener sus secuaces?

**El filósofo y la jirafa.** Pero el desconcierto de sus prosélitos debe datar de más larga fecha; por lo menos de 1924. En ese año publicó Ortega unas *Reflexiones de centenario*, con motivo del de Kant, antes aludido. «Durante diez años—comienza—he vivido dentro del pensamiento kantiano: lo he respirado como una atmósfera y ha sido a la vez mi casa y mi prisión.» (855). Y en seguida agrega: «Después de haber vivido largo tiempo la filosofía de Kant, es decir, después de haber morado dentro de ella, es grato, en esta sazón de centenario, ir a visitarla para verla desde fuera, como se va en día de fiesta al jardín zoológico para ver la jirafa.» Se comprende lo incómoda que debe ser la postura de quien vive dentro de una jirafa durante diez años y el esfuerzo que se necesita para salir al exterior por alguna de sus estrechas vías; si era necesaria una metáfora zoológica, nosotros hubiéramos preferido la del canguro, que por lo menos transporta a sus criaturas en una bolsa abdominal externa y donde el alojamiento es más fácil; pero no se comprenden tan bien las razones que aduce para abandonar una morada donde se ha residido tanto tiempo.

La tesis de que Kant es el pensador alemán típico y que un meridional tipo del extravertido, no se siente a gusto dentro de esa «problemática, esquiva, evanescente realidad del Yo-Conciencia, del Interior por antonomasia» no convencerá a nadie. Entre otros motivos, porque Kant es el menos alemán de los filósofos alemanes. Se decía él mismo de origen escocés, y fué un filósofo de Escocia, David Hume, quien le sacó de las ensoñaciones del absolutismo racionalista, despertándole al criticismo, a los límites de la razón. Lo típico de la filosofía alemana no ha sido nunca el criticismo, es decir, el relativismo, sino lo absoluto, como *ideofanía*, como revelación de la idea en el mundo y en la historia.

Tampoco parece claro que la filosofía de Kant represente una «gigantesca proyección del alma burguesa» (861), sino todo lo contrario, como en seguida veremos. En todo caso, eso no sería un motivo para que Ortega la desertara porque todo su pensamiento no es más que una estilización aristocrática de esa alma burguesa. Sencillamente, Ortega se aleja de la jirafa kantiana por dos impulsos: uno circunstancial, otro profundo.

El circunstancial es que el kantismo o neokantismo empezaba a dejar de ser filosofía de moda allá por el año de 1912, cuando Ortega lo estudiaba en Marburgo, bajo el magisterio de Cohen. Le disputaba el cetro la fenomenología de Husserl, cuya novedad—por lo menos aparente—había de seducir a un espíritu que, como el de Ortega, prefiere a lo permanente y conocido lo nuevo y tornadizo. En 1924 creía ya superado el kantismo. Pero más tarde, en un apéndice a su «jaculatoria de centenario», titulado *Filosofía pura*, descubrió que aun queda algo de «ultravivo en el kantismo, lo que no vieron nuestros maestros neokantianos, ni sé si los pensadores actuales» (884); el propio Kant no se daba «tal vez cuenta perfecta de ello».

¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo ha descubierto Ortega punto menos que súbita-

mente lo que no pudo descubrir en diez años de honda meditación en la entraña de la propia jirafa? Hay una nota delatora (884), donde se alude a la anunciada aparición de un libro de Heidegger, *Kant y el problema de la metafísica*, es decir, un libro probablemente donde Kant, lejos de estar superado, sigue estando en el centro del problema metafísico. Heidegger no es un cualquiera, y basta el anuncio de un libro suyo sobre Kant para que Ortega rectifique el saldo o liquidación que había hecho del kantismo. «En esta dirección fuera, en mi entender, fecundo estudiar las entrañas del kantismo» (885). Es decir, hay que volver al interior de la jirafa.

Heidegger publica, en efecto, su *Kant und das Problem der Metaphysik* en 1929; desenvolviendo una conferencia que había dado en 1925-26 y que es, sin duda, de lo que Ortega tuvo noticia; esa obra hace de *La crítica de la razón pura* kantiana la base de la metafísica, o sea de una antología fundamental. El gran fenomenólogo no va al zoológico en día de fiesta; simplemente se apodera de la bestia de cuello estrambótico, la instala en su propio jardín filosófico y dice que hay que cabalgar sobre ella para penetrar en el mundo abstruso y difícil de su *Sein und Zeit*. Renunciemos por ahora a tan arriesgada y laboriosa equitación; nuestro objeto, de momento, es mostrar cómo el pensamiento de Ortega carece, no ya de fijeza, sino de unidad orgánica. No es extraño que muchos que han querido seguirle se sientan desorientados y perdidos, como niños en la noche de la selva.

Con la ética kantiana ocurre otro tanto. Ortega la califica de utópica y mágica en 1922: «Se pretende que la sociedad sea según a nosotros se nos antoja que *debe ser* (subraya él). ¡Cómo si ella no tuviese su *inmutable estructura* (subrayo yo) o esperase a recibirla de nuestro deseo! Todo el utopismo moderno es magia. No pasará mucho tiempo sin que el gesto de Kant, decretando cómo *debe ser* la sociedad, parezca a todos un torpe ademán mágico.» (*España invertebrada*, 107. Edición de 1934.) En 1924, en el ensayo sobre Kant, dice lo mismo, pero con tono burlón: «Desde la *Crítica de la razón práctica*, hablar de moral es ya prejuzgar la cuestión, tomándola en un temple trágico y terrible. Cuando hoy decimos «inmoral», sentimos algo violento y capaz de poner espanto en el ánimo, como si viéramos ya a toda la sociedad aniquilando al así calificado y, sobre todo, al firmamento derrumbándose sobre él para aplastarlo.» (873-4.)

En el apéndice a ese ensayo ya no se habla de tan grave materia con ironía ni zumba, sino con la sorpresa de quien ve de pronto, como en el caso anterior, lo que en diez años de kantismo no había visto. He aquí las textuales palabras: «¿Qué es, hablando con precisión y lealtad, la «razón práctica»; esa razón que, a diferencia de la teórica, es «incondicionada», absoluta, bien que válida sólo para el sujeto como tal y no para las cosas de la ciencia física ni de la metafísica? La razón práctica consiste en que el sujeto (moral) se determina a sí mismo absolutamente. Pero... ¿no es esto «nuestra vida» como tal? Mi vivir consiste en actitudes últimas—no parciales, espectrales, más o menos ficticias, como las actitudes *sensu stricto* teóricas—. *Toda vida es incondicional e incondicionada. ¿Resultará ahora que bajo la especie de «razón práctica» Kant descubre la razón vital?»* (886).

La contradicción evidente entre estos dos textos patentiza dos cosas: un pensamiento desordenado y discontinuo y que el autor no ha entendido en

ninguno de ellos la ética kantiana. Que una máxima moral sea incondicionada no es igual a que toda vida sea incondicional e incondicionada, sino precisamente todo lo contrario. La moral kantiana no es para la vida individual sólo para *mi* vida, sino para *nuestra* vida, para la vida de *todos*; como toda ética, es una ética de relación humana. A no querer aceptarla así atribuí a yo el otro impulso, el profundo, que apartó a Ortega de Kant. Ortega es un individualista vitalista a ultranza, para quien la sociedad, ahora como siempre, tiene una «inmutable estructura». Es decir, porque el hombre se ha servido siempre del hombre como de un instrumento o de una bestia de carga—como esclavo, como siervo, como asalariado—, la estructura social continuará así hasta la consumación de los siglos. Otra cosa es utopismo, magia. Si esa es la razón vital de Ortega, la razón práctica de Kant es su antípoda. Vamos a verlo.

**Metafísica y política.** Con esto entramos ya en la entraña del tema. Ya habrá comprendido el lector que este tema no es una mera divagación filosófica, para pasar el tiempo; la filosofía por la filosofía me interesa muy poco. Además, tal filosofía no existe. Detrás de la más arcana metafísica hay siempre una actitud ante la vida, una política más o menos programática. Esto es lo que estamos buscando. El tema es, pues, candentemente actual y político, y está planteado en el mundo entero. Los ensayos de Ortega son un pretexto para llegar a conclusiones más hondas. Pero reanudemos el tema. Veamos lo que dice Kant contra Ortega.

Kant no creía que debiera ser inmutable una sociedad donde el hombre es instrumento del hombre; por eso su filosofía, y sobre todo su ética, contra lo que pensaba Ortega, trasciende del capitalismo. Lo declara inequívocamente en su famosa máxima: «Obra de manera que siempre uses como fin, y nunca como mero medio, la humanidad que hay en tu persona, así como en la persona de otro cualquiera.» ¿Cómo interpretaban esta ética los maestros de Ortega en Marburgo? «En estas palabras—dice el que fué jefe de aquella escuela, Hermann Cohen—está expresado el sentido más profundo y poderoso del imperativo categórico; contienen el programa moral de la nueva era y de todo el futuro de la historia universal.» Y luego agrega: «El concepto de persona se funda en la finalidad o fin propio (Selbstzweck). El medio absoluto produce la cosa. La cosa tiene valor, que es el precio de mercado, pues el valor es el valor en el comercio. La persona no tiene valor, tiene dignidad. ¿Se concilia con la dignidad de la persona el precio comercial del valor del trabajo?» La conclusión para Cohen no puede ser más que ésta: «La idea de fin de la Humanidad se convierte en la idea del socialismo: que todo hombre se define como fin en sí, como fin propio.» (1).

La jirafa ética conducía al socialismo, más allá del alma burguesa; y eso, nada más que eso, fué lo que ahuyentó de ella a un antisocialista como Ortega. Eso y esto otro que también dice Cohen en el mencionado libro y que debió sonar a escandalosa herejía en el alma antirrevolucionaria de Ortega: «Las reformas y las revoluciones son los períodos de la ética experimental.» (Página 328.)

(1) Hermann Cohen: *Ethik des reinen Willens*. 1907. Págs. 320, 321 y 322.

**El vitalismo contrarrevolucionario.**

Ortega no quiere experimentos éticos, y huyendo del idealismo de Marburgo, tropieza con una dama que va mejor a su carácter y a su temperamento. Pronto será la dama de sus pensamientos y su corazón. Se llama «filosofía de la vida». En rigor, ha habido y hay varias filosofías de este nombre. Alguna muy respetable, como la de Dilthey: «La última raíz de la concepción del mundo es la vida.» Es decir, toda filosofía arranca de una posición vital, de lo que somos o queremos ser en la vida. Pero Ortega no conoce esta dama de Dilthey, como hemos visto, hasta mucho más tarde. La que a él le encandila es una dama ligera y un tanto procaz, que había hecho las delicias de Nietzsche—al mismo tiempo que le inficionaba de sífilis—y que seguía pidiendo a sus amantes que fueran hombres de pro, hombres fuertes y jerárquicos; superhombres y minorías selectas, no esclavos ni hombres-masa.

Es curioso que los aristócratas literarios y vitalistas, moradores de la montaña o de la lejanía olímpica, sean casi siempre seres enfermizos, incapaces para la acción y para la vida tumultuosa, como el pobre paranoico y paralítico progresivo, inventor del superhombre, en contraposición con los hombres verdaderamente aristocráticos del pensamiento, de la moral o de la política; como Sócrates, como Cristo y como César, amigos de la plaza pública y de la muchedumbre. Los aristócratas auténticos no lo son por su literatura, sino por su vida y por su obra.

No dispongo de espacio para historiar ahora y aquí el copioso florecimiento de la filosofía de la vida en Europa (1). Esta filosofía nace a caballo de los siglos XVIII y XIX, y es una reacción contra el racionalismo y el intelectualismo, es decir, contra el Derecho natural y lo que fué su consecuencia lógica: la Revolución francesa. El vitalismo—irracionalismo, historicismo, amoralismo, aristocraticismo—es esencialmente contrarrevolucionario. Primero es romántico, en él domina el «sentimiento». Luego se hace voluntarista, con Schopenhauer y con Nietzsche; en el primero es voluntad o querencia a la vida (*Wille zum Leben*), y en el segundo querencia al poder (*Wille zur Macht* o *Machtwille*). Estos dos hombres, y sobre todo Nietzsche, junto con Bergson, que recibe la filosofía de la vida de Schelling, influyen poderosamente en las corrientes vitalistas de fin de siglo en Alemania, en las cuales se va a zambullir alegremente Ortega. Georg Simmel le enseñará una «metafísica de la vida» y Max Scheler una metafísica del Estado.

La fenomenología que estos pensadores profesan no es estrictamente una filosofía de la vida; pero se le parece mucho en su desconfianza de la razón. Su concepto central es la *Wesensschau*, que vale tanto como mirar a la naturaleza esencial del objeto, conocer por visión directa, por intuición, la estructura inmanente del ser. Se trata de unos nuevos universales, de una nueva ontología. Su fundador, Husserl, procede de las cátedras de varios filósofos católicos que hubo en Alemania en la segunda mitad del siglo XIX y se apoya en la Escolástica y en Platón. Algunos de sus discípulos más destacados, como Scheler, fueron católicos. La fenomenología parece inaugurar una nueva Edad Media filosófica.

(1) Quien le quiera estudiar puede leer con provecho un libro excelente de Heinrich Rickert: *Die Philosophie des Lebens*, cuyo subtítulo, traducido, dice así: *Exposición y crítica de las corrientes filosóficas de moda de nuestro tiempo*. 1922.

El gran profeta del vitalismo aristocrático es Nietzsche. Su desprecio de la masa no tiene límite. Como Schopenhauer, piensa también que «la masa es un producto industrial de la naturaleza». Los fuertes deben dominar a los débiles, como lo quiere nuestra maestra la naturaleza. No hay más que dos morales: la moral de los esclavos y la moral de los señores. La primera impone la obediencia; la segunda, el mando. Toda otra cosa significa corrupción y decadencia. Las masas no merecen consideración más que «como instrumentos de los grandes». «¡Hace falta—exclama con cólera en su *Wille zur Macht*—una declaración de guerra de los hombres superiores contra la masa! ¡Por todas partes se reúne lo mediocre para enseñorearse!» Compárese con esto de Ortega en *La rebeldía de las masas*: «El presente ensayo no es más que un primer ensayo de ataque a ese hombre triunfante (el hombre-masa), y el anuncio de que unos cuantos europeos van a revolverse enérgicamente contra su pretensión de tiranía.» (I.118.)

Pero Nietzsche es más valeroso en llevar sus opiniones a las últimas consecuencias. Para él—lo afirma en uno de sus primeros ensayos, *El Estado griego*—«la esclavitud pertenece a la esencia de una cultura». Y en el mismo trabajo añade: «Habría de ser cierto que los griegos se hundieron por su esclavitud, y sería más cierto esto otro: que por falta de esclavitud nos hundiremos nosotros». Las minorías selectas quieren lo mismo, pero con otro lenguaje menos brutal que el del genial bárbaro germánico, de cuya crudeza se hubiera avergonzado hasta el más sutil de los apologistas de la esclavitud antigua, Aristóteles; las minorías selectas quieren masas dóciles, obedientes fieles a «su misión biológica de seguir a los mejores».

**El origen del Estado.** ¿Y cuáles son los mejores? ¿Cómo se les reconoce? He ahí todo el problema. En realidad, las masas han seguido y siguen siempre a los que tienen por mejores; pero no siempre son los mejores los que pretenden que les sigan o los que les obligan a seguirles. Sobre la distinción de que la obediencia sea espontánea o sea forzada ha construido Ferdinand Toennies una de las más finas teorías sobre las formas de agrupación social. Cuando ocurre lo primero, la agrupación se llama *comunidad* (*Gemeinschaft*) y las jerarquías son naturales y libremente aceptadas; la comunidad es anterior al Estado, está al principio de la Historia y estará también—como piensan los anarquistas y una escuela socialista—al final de la Historia. Pero de pronto, sobre una comunidad primitiva cae otra comunidad agresora, la conquista y sojuzga: ha nacido la *sociedad* (*Gesellschaft*) y con ella el Estado; se impone la obediencia a los vencedores, se les esclaviza, se les hace trabajar para los vencedores. El Estado nace de la guerra y la conquista, y es desde sus orígenes hasta hoy el Estado de clases creado y sostenido por la violencia. Esto no lo piensan sólo ya los socialistas y anarquistas, sino también muchos economistas y sociólogos simplemente liberales, como Franz Oppenheimer (1).

(1) Véase su espléndido *Der Staat*, volumen II de su «System der Soziologie». 1926.

¿Qué ha sido España? La división, tan primaria e insuficiente—¡ y con todo lo que se ha escrito ya en la sociología moderna!—, de la sociedad en masa y minorías selectas, no lleva a ninguna parte ni como herramienta de conocimiento histórico ni como justificación de una política. Hoy se hila mucho más delgado, aunque los filósofos vitalistas se distraigan o retrasen. Veamos, por ejemplo, cómo Ortega interpreta la historia de España a la luz de esa clasificación rudimentaria. Al tema le ha dedicado un librito, *España invertebrada*. Un tercio de él está consagrado a demostrar que todo lo malo que acontece en España es obra de la insubordinación de las masas. «Así, cuando en una nación la masa se niega a ser masa—esto es, a seguir a la minoría directora—, la nación se deshace, la sociedad se desmembra y sobreviene el caos social, la invertebración histórica. Un caso extremo de esta invertebración histórica estamos viviendo ahora en España.» (Página 94 de la edición de 1934.) «Pues bien—continúa en la página 98—: en España vivimos hoy entregados al imperio de las masas.»

Otro tercio de ese opúsculo trata de probar todo lo contrario de lo anterior, o sea que, gracias a la masa, en España ha habido nación, sociedad e historia. «Aquí lo ha hecho todo el «pueblo», y lo que el «pueblo» no ha podido hacer se ha quedado sin hacer.» (Página 129.) «Mientras la historia de Francia o de Inglaterra es una historia hecha principalmente por minorías» (la aventurada tesis no se fundamenta), «todo lo ha hecho aquí la masa, directamente o por medio de su condensación virtual en el Poder público, político o eclesiástico.» (Página 130.) «Basta acercarse un poco al gigantesco suceso, aun renunciando a perescrutar su fondo secreto, para advertir que *la colonización española de América fué una obra popular*» (subraya el autor). (Página 155.) «En la (colonización) española, es el «pueblo» quien directamente, sin propósitos conscientes, sin directores, sin táctica deliberada, engendra otros pueblos.» (Página 150.) Entonces, ¿en qué quedamos?

Quedamos en que en España no ha habido más que pueblo, masa. Nunca hubo minorías selectas. A sostener esto se dirige el otro tercio del contradictorio ensayo. «Un soplo de aire africano los barre (a los visigodos) de la Península, y cuando la marea musulmana cede, se forman, desde luego, reinos con monarca y plebe, pero sin suficiente minoría de nobles.» (Página 148.) «En el índice de pensamientos que es este ensayo, yo me proponía tan sólo subrayar uno de los defectos más graves y permanentes de nuestra raza: la ausencia de una minoría selecta, suficiente en número y en calidad.» (Página 152.)

Luego si no hubo minoría selecta, ¿cómo y contra quién pudo rebelarse la masa? Y si ella no hubiera asumido el papel de la ausente minoría, ¿qué hubiera sido de la historia de España? ¿Cómo puede afirmarse que de todos «los diagnósticos que suelen hacerse de la mortal enfermedad padecida por nuestro pueblo, me parece hallar el más cercano a la verdad en la *aristofobia* u odio a los mejores», si esos mejores no han existido? Aunque también es posible que no existan las masas. «Cuando oigáis decir: —Hoy no hay hombres—, entendid: —Hoy no hay masas.» (Página 92.) En suma: que nos hemos hecho un pequeño galimatías y que aquí no hubo nada hasta que se constituyeron las minorías selectas de la «Liga de educación política», primero, y de la flamante «Agrupación al Servicio de la República» después.

**El Estado guerrero y deportivo.**

Este librito de la *España invertebrada* es típico de la mentalidad dispersa, inconexa y disgregada de Ortega y Gasset. En parte se debe, sin duda, a la forma de producción periodista en que han solido salir casi todos sus libros. Al ponerse a dar hoy un artículo al periódico, se olvida de lo que escribió ayer. Carece de memoria orgánica o lógica. Toda su obra es una lamentable contradicción. La más terrible refutación sería publicar a dos columnas sus trabajos: unas partes, a veces del mismo, destruyen a las otras. Pero incoherente y todo, este librito de que ahora trato es útil para conocer la idea de Ortega sobre el Estado. Tampoco es, huelga decirlo, una idea firme, que no necesita ser, precisamente, una idea fija de loco o de inteligencia limitada; pero lo menos que se puede pedir a una idea que cambia es que el proceso de la mutación sea íntimo, biológico. En Ortega los cambios son puramente caprichosos.

Cuando se siente antiestatista, cuando un tipo del Estado le molesta—por ejemplo, el fascista o el soviético—, le llama «utensilio», «mero artefacto y máquina» (1.135). Pero cuando el Estado le agrada, como el Estado romano, y sobre todo el Estado cesáreo, el de César, lo califica de organismo. Roma es un «organismo nacional» en la *España invertebrada* (pág. 5). «España es un organismo social» (pág. 132). Roma es «una gran empresa vital, donde todos podían colaborar» (17). «Inventa Castilla grandes empresas incitantes» (45). El Estado es «incorporación». Es la teoría vitalista y fenomenológica del Estado, una «integración de «círculos cerrados», según la sociología de Theodor Litt (*Individuum und Gemeinschaft*) y la filosofía del Estado de Smend (*Verfassung und Verfassungsrecht*).

El Estado-organismo necesita crecer, incorporar, integrar, incluso empleando la fuerza contra las «rémoras» que se oponen a ese proceso vital. «Contra ellas—dice Ortega en *España invertebrada*—sólo es eficaz el poder de la fuerza, la gran cirugía histórica» (pág. 19). «La fuerza de las armas no es fuerza bruta, sino fuerza espiritual» (pág. 21). ¡Pero cuidado! La fuerza es espiritual sólo cuando la usa el Estado en el exterior, contra otro Estado. En el interior, contra el propio Estado, la guerra civil es ilegítima y estéril. Veladamente Ortega hace la apología de la guerra; pero con más timidez que su maestro Scheler en *El genio de la guerra y la guerra alemana* (1915). Para Scheler, la esencia del Estado es aumentar constantemente de poder; a esto le llama Ortega, más delicadamente, «tener un programa para el mañana», producir «fuertes empresas incitadoras». Estado que no crece—prosigue Scheler—es Estado muerto, petrificado, Estado que renuncia a su ser, que se hunde. Pero la guerra es el Estado mismo en su crecer y devenir actuales y no puede desaparecer nunca. ¿Y no serán las revoluciones un crecimiento hacia arriba, en sentido vertical? Esto no lo preguntan Scheler ni Ortega; se lo preguntamos nosotros.

Pero no se vaya a suponer que Ortega se limita a repetir, con ligeras variantes, conceptos nietzscheanos, vitalistas y fenomenológicos, y que él sólo pone las metáforas, quebrando y amenizando con ellas la aridez del discurso filosófico, como cuando intercala esta reverberante, en que alude a un posible destino del árbol: «No podemos prever si el rayo vendrá o no a segarle con su alfanje de fuego colgado al flanco de la nube...» Alguna vez

es original, aunque no tantas como él pretende. Por ejemplo, la tesis que desarrolla en su ensayo sobre *El origen deportivo del Estado*: que en la sociedad primitiva los hombres se reúnen en asociaciones secretas y en lugares apartados, que son algo así como los casinos o los clubs atléticos de la época, para divertirse entre sí y para robar mujeres a las hordas vecinas, lo que engendra la guerra y, con ésta, la autoridad, la ley y el Estado; esta teoría del origen deportivo y festival del Estado no la hemos visto en ningún otro autor.

¿Qué fuentes ha consultado Ortega? En una nota de *España invertida* (pág. 8) dice que en ese ensayo expone «la situación de las investigaciones etnográficas sobre el origen de la sociedad civil», pero no cita ningún texto, ningún etnógrafo. «Todo esto que acabo de decir—escribe en el propio ensayo—... ha de entenderse que no es un conjunto de suposiciones más.» Ya se supone; pero, ¿dónde lo ha leído? El trato con las sociedades secretas del hombre primitivo le han contagiado de la ocultación y el misterio, haciéndole olvidarse de los deberes más elementales de la probidad científica.

Revelemos al lector este pequeño secreto bibliográfico. A la vista tengo un libro hace tiempo ya agotado—sólo se encuentra algún que otro ejemplar en las librerías alemanas de viejo—, titulado *Altersklassen und Maennerbuende* (*Clases de edad y Ligas o Asociaciones de hombres*), que se publicó en 1902 y cuyo autor se llama Heinrich Schurtz. Es este sociólogo el primero que descubre esa forma de agrupación social, variante de las sociedades secretas primitivas; pero desde entonces acá la bibliografía del tema en las lenguas principales ha crecido copiosísima. Sin embargo, no sé de nadie que haya atribuido el origen de esas sociedades masculinas—en las que los jóvenes no son, por cierto, la porción dominante—a afanes de juego ni al propósito libidinoso de raptar mozas vecinas. Todo eso es arbitrario e indocumentado romanticismo.

Schurtz, al contrario, explica esas sociedades por una especie de represión del hombre contra la sexualidad absorbente de la mujer. Pero la teoría hasta ahora más aceptada es que las sociedades masculinas nacen como instrumentos de combate contra el matriarcado, es decir, contra el predominio de la mujer en el período en que ella inventa y monopoliza la agricultura, creando una forma de economía superior a la de la caza, la pesca y el pastoreo, a que hasta entonces se ha dedicado el hombre. Los hombres se asocian por una motivación económica, para arrebatar a la mujer el poder que le otorga la «economía femenina», vinculada a los orígenes de la agricultura. Y las carnavaladas masculinas del mundo primitivo, en las cuales Ortega sólo ve alegría festival de la gente moza, no son más que procedimientos de terror en la lucha social con las mujeres (1).

Ortega no observa por todas partes más que ganas de juego, de fiesta, de amor, de deporte. Le gusta «deshumanizarlo» todo, o sea despojarlo de cualquier dolor y dramatismo. Es la actitud fenomenológica, a quien sólo le interesa el «ser» y la «forma» de las cosas, no los accidentes y contingencias. Esto le lleva también, claro está, a *La deshumanización del arte*. El

(1) Para más datos y para la bibliografía, véase *Maennerbuende*, de Georg Hoeltiker, en el «Handwoerterbuch der Sociologie» (1931), publicado bajo la dirección de Alfred Vierkandt, antiguo discípulo de Simmel.

arte debe ser juego, cosa subalterna; no debe tomarse en serio, como hace ahora el arte «nuevo». Pero más interesante que explicarnos lo que *debe ser* el arte, sería saber por qué este arte «nuevo», que en realidad es tan viejo como el hombre, se produce así *ahora* y no hace unos cuantos años, y si ello, su elemento cómico, no coincidirá con la descomposición de la sociedad burguesa, del mismo modo que Molière representa la descomposición de la sociedad feudal-aristocrática y la ascensión de la burguesía, con su cómica torpeza de modales. (De este problema he tratado en mi libro *La batalla teatral*, y perdóneseme la autocita.)

Ello sería estudiar el arte como sociología; pero un «filósofo» no puede descender a eso. Ni a eso ni a decirnos, como de costumbre, en qué autores actuales podemos estudiar el arte como juego. Ortega, ciertamente, alude, nada más, a *L'Art au point de vue sociologique*, de Guyau; pero la obra data de 1887. Además, Guyau no creía en el arte como juego. A la frase de Schiller: «El hombre no es completo más que allí donde juega» (como se ve, esto del arte-juego no es de ahora), oponía esta otra: «El hombre no es completo más que allí donde trabaja». Y también dice que «desagrada a la inteligencia ver lo inútil ser tomado por la voluntad como fin». No se comprende, pues, la alusión de Ortega a Guyau. Más natural hubiera sido que nos hablara de la estética fenomenológica de M. Geiger (*Zugaenge zur Aesthetik* y *Beitraege Zur Phenomenologie des aesthetischen Genusses*) y, sobre todo, de los representantes más calificados de la teoría del arte como-juego en la actual estética alemana, K. Groos (*Der aesthetische Genuss*, 1902; es autor además de dos libros sobre el juego de los animales y del hombre) y K. Lange (*Das Wesen der Kunst*, 1907) (1).

**Rusia: baluarte de Europa.**

Tengo que condensar más de lo que lo vengo haciendo, so pena de convertir este artículo en un libro; dejaré, pues, para otra ocasión el examen de algunas «ideas» de Ortega que había anotado, como eso de que en España no hubo feudalismo y de que los visigodos fueron una raza inferior a los francos, el problema de las generaciones—«el tema de nuestro tiempo»—, etcétera, etc. Pero creo que la larga excursión no ha sido inútil para comprender por qué Ortega se subleva contra «la rebelión de las masas» y decreta «el ocaso de las revoluciones». El Estado y la sociedad—hemos visto—son para él organismos, donde unas minorías selectas desempeñan el papel de centros nerviosos superiores, y las masas son las vísceras y los miembros de inferior condición obligados a obedecerlos. ¿Pues no sería antinatural y monstruoso que los brazos, y los pies, y el hígado, y los intestinos se insubordinasen contra los dictados del cerebro, y cada cual pretendiera dirigir al cuerpo, como hoy hacen las masas con la sociedad contemporánea? Y las revoluciones son las «enfermedades» del organismo social y estatal, de las cuales las masas suelen curarse entregándose al opio de la superstición o al látigo de una dictadura.

(1) Quien quiera conocer una buena síntesis de la estética actual puede consultar *A critical history of modern Aesthetics*, por lord Listowel. Cuando, hace poco, el autor estuvo en España, se creyó que era un lord extravagante, ansioso de notoriedad demagógica. Pero quien tiene su nombre de estético no necesita de esos recursos. Desde aquí le enviamos nuestras *apologies*.

¿Pero quiénes son la masa? «La masa es el conjunto de personas no especialmente cualificadas». «Masa es el hombre-medio» (1907). Masa no es toda la «masa» obrera, donde hay «almas egregiamente disciplinadas» (1068). Masa es también la clase media y la aristocracia. Masa son los técnicos, el médico, el ingeniero, el financiero, el profesor. Masa—deducimos—es todo el mundo menos media docena de filósofos y otra media docena de físicos. ¿Y en qué consiste su «rebelión»? Por de pronto, en esto: en llenar hoteles, trenes, cafés, paseos, salas de médicos famosos, espectáculos, playas (1065-6); en «usar de los utensilios y gozar de los placeres antes adscritos a los pocos» (1909); en bañarse: «en 1820 no habría en París diez cuartos de baños» (1072) (pero en la Córdoba de los califas había más de 900 baños públicos, terrible prueba de la rebelión de las masas árabes). Pero todo esto es el capitalismo, que ha abaratado los objetos de uso y puesto al alcance de todas las fortunas lo que antes era el lujo de una minoría. ¿Y qué se quiere? ¿Que las masas renuncien a todo eso? ¡Pues adiós capitalismo! Se retornaría a la economía feudal.

Pero no. Esos reproches son divagación pura y simple. La rebelión de las masas es otra cosa: «durante todo el siglo XIX, la masa, que iba entusiasmándose con la idea de esos derechos (del hombre y del ciudadano) como con un ideal, no los sentía en sí, no los ejercitaba ni hacía valer, sino que de hecho, bajo las legislaciones democráticas, seguía viviendo, seguía sintiéndose a sí misma como en el antiguo régimen. El «pueblo» sabía ya que era soberano; pero no lo creía. Hoy aquel ideal se ha convertido en una realidad...» (1073). La rebelión de las masas es «la invasión vertical de los bárbaros», según Rathenau. Y podría pasar que la masa se conformase con someterse a las normas de la democracia liberal, que para el aristócrata es el mal menor; pero en los últimos años ha adoptado la violencia, la acción directa, tal como se manifiesta en el *fascismo* y el *bolchevismo*.

Ahí duele. Duele, sobre todo, el bolchevismo. Para Ortega, los dos sucesos históricos son la misma cosa: «movimientos típicos de hombres-masas, dirigidos, como todos los que lo son, por hombres mediocres, extemporáneos y sin larga memoria, sin conciencia histórica...» (1115). «La cuestión no está en ser o no ser comunista y bolchevique. No discuto el credo. Lo que es inconcebible y anacrónico es que un comunista de 1917 se lance a hacer una revolución que es, en su forma, idéntica a todas las que antes ha habido y en que no se corrigen lo más mínimo los defectos y errores de las antiguas. Por eso *no es interesante históricamente lo acontecido en Rusia*; por eso *es estrictamente lo contrario que un comienzo de vida humana*» (1115).

¿Es esta la última palabra de Ortega sobre el bolchevismo? Sorprendería que lo fuese. La ley de su mente es la contradicción. Busquemos. Hay que recorrer un buen número de páginas de *La rebelión de las masas*; pero aquí está: «Imagínese que el «plan de cinco años» seguido hercúleamente por el Gobierno soviético lograra sus previsiones y la enorme economía rusa quedase, no sólo restaurada, sino exuberante. Cualquiera que sea el contenido del bolchevismo, representa un *ensayo gigante de empresa humana*. En él los hombres han abrazado resueltamente un destino de reforma y viven tensos *bajo la alta disciplina que fe tal les inyecta*. Si la materia cósmica, indócil a los entusiasmos del hombre, no hace fracasar gravemente el

intento, tan sólo con que le deje vía un poco franca, su *espléndido carácter de magnífica empresa* irradiará sobre el horizonte continental *como una ardiente y nueva constelación*. Si Europa, entre tanto, persiste en el inoble régimen vegetativo de estos años, flojos los nervios por falta de disciplina, sin proyecto de nueva vida, ¿cómo podría evitar el efecto contaminador de aquella *empresa tan prócer?*» (1175).

Pocas veces se habrá entonado un ditirambo tan entusiasta al esfuerzo de la Rusia soviética. Esta página de Ortega vale por todo el resto de su obra y la redime de sus infinitas inconsistencias y falsedades. ¿Pero qué queda entonces de la teoría de la rebelión de las masas y de sus diatribas anteriores contra la revolución rusa y contra su «anacronismo»? ¿Y no le hace meditar que ese *ensayo gigante*, y esa *alta disciplina*, y esos *entusiasmos del hombre*, y esa *empresa tan prócer*, y esa *fe* se den tan sólo en un país que se lanza a la historia con un programa de economía colectivizada?

Si es leal a sí mismo—y yo creo que siempre lo es, aunque se equivoque la mayoría de las veces—, Ortega se convencerá de la inanidad de *El ocaso de las revoluciones* (apéndice a «El tema de nuestro tiempo»). Su teoría de que no ha habido en toda la historia humana más que cinco revoluciones auténticas, la inglesa del siglo XVII y las cuatro francesas de los siglos XVIII y XIX, y que no habrá más, no resiste al más ligero análisis. Como su tesis de que las revoluciones, hijas de la razón, cuando substituye a la tradición, auguran el fin de las civilizaciones y las culturas, como ocurrió en el mundo antiguo. Pienso tratar de este vasto y enorme tema en un libro, que se titulará *Los ciclos revolucionarios de la Historia*, al cual me ha incitado—una palabra que tanto le agrada a Ortega—el examen de algunos de sus ensayos. Pero provisionalmente le diré esto: cuando una civilización pierde su capacidad revolucionaria, es signo de que decae y se hunde. Cuando en el mundo antiguo se agotaron las clases dominantes, la aristocracia y la clase media, y cuando el proletariado, esclavizado o libre, no tenía aún conciencia de clase ni, por lo tanto, apetencia ni capacidad de poder, fué posible que los bárbaros, los únicos, los exógenos, lo invadieran y destrozaran.

Ahora mismo estamos viendo que la revolución rusa, aparte su finalidad específica, es el dique mayor a una invasión de Europa por la raza amarilla, sobre todo por el pujante pueblo japonés. La guerra rusojaponesa de 1905 advirtió seriamente de ese peligro. La débil Rusia feudal era una constante invitación para el Oriente y una amenaza para Europa. Ahora Europa se siente asegurada por la formidable barrera que está levantando la revolución rusa, y eso lo ve, con más claridad que nadie, la nación más europea, Francia. La revolución proletaria de Rusia es, no sólo una empresa magnífica, sino el más firme baluarte de la civilización europea. En el fondo, las revoluciones genuinas son siempre conservadoras.

Yo espero que esto lo vea también algún día Ortega, y que, arrojando lejos de sí el lastre social y cultural que pesa sobre lo mejor de su espíritu, se encuentre a sí mismo y encuentre a los que, por estimarle en la entraña de las últimas valoraciones, le contemplamos con dolor entretenido en bagatelas seudofilosóficas, que malgastan su talento y su hombría.

# La desigualdad en el Estado soviético

Por LUIS FISCHER

El tren soviético es un símbolo de la desigualdad. El vagón «internacional», con sus anchos y confortables departamentos de dos camas, con gran espacio para los equipajes, con percha, mesa y lámpara de mesa, representa la primera clase. Pero incluso aquí hay dos formas de la primera clase. Algunos departamentos tienen magníficos cuartos de aseo, con agua corriente; los pasajeros de los demás han de usar, por el contrario, los utensilios de la limpieza a ambos extremos del vagón. En el «internacional» hay siempre cercano un servidor cortés, que facilita a quien lo desea galletas y té caliente, en vasos, del samovar que canta en el rincón. Un escalón más abajo está la segunda clase, la clase «muelle», como la llaman los rusos. Algunos de estos departamentos tienen dos camas; los demás, cuatro. Las camas son camas auténticas, pero no tan cómodas como las de primera clase. Estos viajeros sólo pueden obtener alimentos y bebidas en el vagón-restaurante o por mediación de un camarero que de cuando en cuando, y con bastante irregularidad, recorre el tren. Los encopetados servidores de la primera clase no son tan amables ni cuidan con tanto esmero de la limpieza del vagón. Claro es que en buena parte depende de la solicitud del servidor y del nivel cultural de los pasajeros; pero en general, el viajero sólo utiliza estos cuartos comunes de aseo en casos de perentoria necesidad. En el último vagón está la clase *dura*. Aquí no hay departamentos. Los pasajeros duermen sobre tres tablones superpuestos. Recientemente ha comenzado la Compañía a preparar, también para éstos, útiles de cama. A menudo trae la gente sus propias mantas o almohadones. Asimismo traen cacharros, en los que se hacen el té, pues en todas las estaciones hay dispuesta agua hirviendo, que se facilita gratuitamente. También se puede obtener comida. Pocos son los viajeros *duros* que se desvisten por la noche. Se desprenden de algunas cosas y de los zapatos, lo que ciertamente no mejora el aire. Pero existe todavía otra atmósfera en la clase *dura*: la de una sola familia que cambia entre sí alimentos y otros objetos imprescindibles en la vida. Los extranjeros que tienen una piel gruesa y mal olfato, se acercan a las veces a la clase *dura*, porque les ofrece ocasión de conocer la vida rusa más íntimamente.

Cuando los pasajeros *duros* y los *muelles* recorren el «internacional», quedan admirados. Cuando el pasajero *muelle* recorre la clase *dura*, recibe la satisfacción de haber escapado a ella. Al mismo tiempo espera poder viajar algún día en el «internacional». Mi criada me decía hace poco en Moscú que deseaba pasar quince días de vacaciones en Leningrado. Hablamos del viaje y le

di el consejo de que se escamoteara un par de rublos y se hiciera con un colchón y una almohada. No me entendió. Creía que tenía que pasar toda la noche sentada de un modo rígido. Cuando le conté las comodidades que también la clase *dura* ofrece, sonrió feliz. En los primeros tiempos de la Revolución hizo todos los viajes en el llamado *Maximo Gorki*, esto es, en un vagón de mercancías transformado en un coche para viajeros.

¿Por qué ha de viajar el ingeniero en el «internacional» y mi criada en la clase *dura*? La razón radica en que el ingeniero es más rico. Los bolcheviques atienden a las necesidades, pues si no lo hicieran así negarían aquel evidente factor que confiere a los servicios del ingeniero más valor que a los de un barrendero. Por consiguiente, el Estado le paga más. Estos distintos ingresos determinan distintos niveles de vida. Si el Gobierno sólo permitiera viajar en la clase *muelle* y disminuyera el precio de un billete *muelle* de manera que el barrendero y mi criada también pudieran pagarlos, el ingeniero no podría gastar sus ingresos, mucho más altos, y tal vez no se tomara la molestia de ganarlos. (La palabra *billete* incluye, naturalmente, todas las cosas posibles: vestidos, habitación, alimentos, etc.) Como los Soviets tienen una igualación de los ingresos por equivalente a la destrucción de la iniciativa personal, toleran una amplia gama de diferentes niveles de vida.

Extranjeros de izquierda que se sienten ofendidos con la escandalosa desigualdad del sistema capitalista, y capitalistas extranjeros que adornan esa desigualdad con cierto *gusto*, se sorprenden al encontrar también en la Unión Soviética desigualdades. Pero una y la misma cosa puede tener diversa importancia. El fuego es necesario para la vida, lo que no impide que muchas veces produzca la muerte. Uno y el mismo fenómeno puede acarrear consecuencias totalmente distintas. No es la *desigualdad entre los ingresos* de obrero y el médico lo que indigna a la gente de izquierda en un país burgués; lo decisivo es más bien la *diferencia entre trabajo y capital*. Es la sima entre el hombre que vende su trabajo y el hombre que lo compra. La desigualdad en un país capitalista es el primer paso para la acumulación, y esta acumulación conduce a la propiedad del capital y con ello a la explotación. Por otro lado, la desigualdad soviética no pasa de ser una diferenciación de determinadas capas de trabajadores asalariados. O lo que es lo mismo, por mucho que gane un obrero soviético, jamás llegará a ser un capitalista ni podrá hacerse rico con el trabajo de los demás. El sistema excluye a los capitalistas.

Esa es la teoría. Pero la vida es complicada y muy difícil de reducir a un común denominador. Aunque la prensa soviética considera la desigualdad como normal, el pueblo soviético reacciona contra las formas que adopta. La desigualdad ha llegado a ser últimamente tema de discusión y objeto de las más acaloradas controversias. Verosíblemente, los bolcheviques de temperamento aún se ocuparán largo y tendido de este tema.

Hace poco vinieron distintas mujeres obreras a nuestra cocina para despedirse de mi criada, que se marchaba a Leningrado. También yo caí por allí y recomendé a Njura que visitara los palacios, y así vería cómo vivían los zares.

—¿Pero no vive Stalin tan bien como los zares?—intervino una mujer. Cuando otra respondió que Stalin sólo utiliza tres modestas habitaciones del Kremlin, no lo quería creer. El fundamento era fácil de descubrir, pue

a renglón seguido nos informó indignada de que uno de sus vecinos mejor pagados, un pequeño funcionario, daba recepciones. Su modo de pensar era aproximadamente el que sigue: «Si el pequeño Stalin, que sólo tiene una milésima parte de la importancia del gran Stalin, vive así, el Stalin grande tiene que vivir mil veces mejor.» Un modo de pensar muy natural para una cabeza no cultivada, pero que pudiera ser extraordinariamente dañino para el Estado soviético.

Esta pequeña desviación de la realidad en Rusia es característica. Cuando un ciudadano soviético se queja de la desigualdad, olvida a los que están *por debajo* de él y se compara con los que están *por encima*. Por ejemplo, habla muy en general de la riqueza y los grandes ingresos de los autores y periodistas soviéticos. Yo he conocido, por el contrario, autores soviéticos que consideraban justificados sus ingresos y que afirmaban hallarse en situación mucho peor que los altos comisarios del Gobierno. El campesino que no vive en las explotaciones colectivas, se querella contra el trato de favor que se discierne a los miembros de éstas; el campesino colectivista se queja de las especiales ventajas que tiene el obrero; el obrero mira de reojo los privilegios que goza el *udarnik* o el entusiasta del trabajo; el *udarnik* no puede comprender por qué existen diferencias entre él y el técnico calificado; el técnico piensa que se le debiera equiparar al ingeniero; el ingeniero envidia a los especialistas extranjeros y no encuentra la razón de por qué él no tiene acceso a las mismas situaciones que el científico; el científico sueña con el lujo que puede gastar el autor de éxito, y estos últimos se niegan a aceptar que algunos científicos e inventores, así como los miembros del Gobierno, vivan mejor que ellos.

Mas ¿de qué carácter son los privilegios que con pasión tan venenosa se echan de cara los ciudadanos soviéticos? Un pequeño «Ford» soviético abierto, de los que se producen a millares en Nischni-Nowgorod, recoge por la mañana al compañero X y después del trabajo lo lleva de nuevo a su casa. En circunstancias normales y en cualquier otra ciudad, ese funcionario saltaría a un ómnibus o a una camioneta, o tomaría un taxímetro. Pero en Moscú los autobuses circulan muy irregularmente, los tranvías sólo pueden ser tomados por acróbatas y un *taxi* es un espectáculo raro y fugitivo. Ha sido construída una casa. Ciertos obreros, ciertos funcionarios, ciertos autores obtienen vivienda en ella. En seguida se convierten en una clase privilegiada, pues no hay suficientes habitaciones como esas para cobijar a todo el mundo. Todavía no hace mucho que la manteca, la verdura, el azúcar, los bombones, eran artículos raros; aun hoy son caros. El ciudadano que puede comprar en un establecimiento donde estas cosas se dan más baratas, es un miembro privilegiado de la sociedad. En la fábrica Putilow, como en muchas otras, hay distintos restaurantes para obreros *udarnik* y obreros no *udarniks*. En rigor, la diferencia estriba en que el restaurante *udarnik* da al final del menú un plato de postre más. Además, el restaurante *udarnik* cambia los manteles todas las semanas, mientras que en los demás establecimientos de su clase están mucho más sucios.

La diferencia entre privilegiados y no privilegiados puede ser tan pequeña como pueda imaginarse, y consistir, por ejemplo, en un par de zapatos y en una habitación sobrante. Sin embargo, el valor de estos pequeños privile-

gios es aquí mayor que en otra parte, precisamente porque son raros. Hace algunos años había tantas capas privilegiadas como ahora, pero el favorecimiento significaba entonces casi nada, porque sólo existían pocas cosas necesarias y gratas; de lujo, ni hablar. Pero la nueva afluencia de géneros ha hecho los privilegios más importantes que antes. De ahí el interés que de pronto ha suscitado la desigualdad. Con todo, un progreso mayor en el suministro de mercancías resolverá, en general, la desigualdad. El privilegio descansa sobre la escasez, aunque señala también el principio del fin de esa escasez y, en consecuencia, el principio de su propio fin.

La reacción contra el privilegio es actualmente considerable, y se advierte una tendencia a acabar con él. La almendra del problema está aquí: en la Unión Soviética importa mucho menos lo que se gana que lo que se puede adquirir con los sueldos y jornales. El compañero A percibe, por ejemplo, 1.800 rublos al mes. El compañero B, 600. Pero el compañero B puede hallarse mejor situado porque sus rublos valen tres, cuatro o cinco veces más que los del compañero A. Por consiguiente, una estadística de los salarios soviéticos no quiere decir nada, si no añade en qué establecimiento sse invierten esos salarios. De ello depende la posición material de la persona aludida.

Una libra de verdura se puede adquirir en la misma calle de Moscú a tres precios distintos. La Cooperativa de una fábrica o de un comisariado pide diez copecas. Un almacén de los que hay abiertos para todos, pide treinta por la misma libra de verdura. En el mercado campesino cuesta cuarenta copecas. Y todos le sacan lo que quieren a la libra de verdura, porque ninguno de esos lugares de venta satisface la necesidad general. Si a causa de la escasez de géneros todos tuvieran los mismos precios bajos, el ciudadano de ingresos altos estaría descontento, porque no podía gastar su dinero porque le atajaría el pobre y compraría lo que él necesitaba. Si rigiera sólo sólo precio elevado, las clases bajas protestarían y exigirían salarios más altos. Para satisfacer esta necesidad habría que imprimir dinero, y vendría la inflación. La Unión Soviética desea lo contrario y camina hacia la deflación.

Ahora, y en vista de que la oferta satisface poco a poco la demanda, el Gobierno se inclina a la idea del precio único. Esto se logra a menudo de modo siguiente: el precio de un producto en los comercios y en el mercado se reduce y el de las Cooperativas se eleva, de modo que se puedan encontrar en el justo medio. Si la oferta satisface la demanda, el resultado será el precio único, y un rublo con un sólo valor. De esa manera se abolen poco a poco aquellos privilegios que descansan sobre la escasez. Naturalmente, existen tres precios, constituye un privilegio poder comprar en los almacenes más baratos. Si, por el contrario, únicamente hay un precio, se terminan los privilegios. Claro es que las cosas no marcharán tan de prisa, y antes habrán de ser ajustados a las nuevas circunstancias los salarios de aquellos que pueden comprar en un almacén más barato. En tanto se logra la adaptación, continuarán las enérgicas protestas contra los privilegios. Este proceso ha comenzado ya, por lo demás. En 1931 había una serie de artículos, como trajes, ropa interior o utensilios de cocina que sólo se les vendían a los *udarniki*. Hoy puede adquirirlos todo el que tenga dinero, pues hay en cantidad suficiente. Cada vez se ven más almacenes con este rótulo: «Abierto para todos».

Hace todos los ciudadanos.» En otro tiempo sólo se veían en los sanatorios y en los balnearios a obreros y funcionarios gubernamentales influyentes. Pero con la ampliación de los antiguos establecimientos y la construcción de otros nuevos hoy tiene ocasión todo ciudadano de entrar en un sanatorio o en una casa de salud. Incluso los campesinos comienzan a participar de las nuevas circunstancias. Hasta hace pocos meses, aquellos que tenían la suerte de recibir dinero del extranjero o que habían sido hábiles o que fueron antes lo bastante ricos para poseer alhajas o monedas de oro, podían obtener todo lo que quisieran en los almacenes especiales Torgsiu. Pero ya empiezan a cerrarse estos almacenes, y los géneros que sólo se podían encontrar en ellos —por ejemplo, zapatos y artículos de lana importados— se pueden adquirir ahora por el ciudadano medio en los almacenes de tipo corriente.

La verdad es que el movimiento contra la desigualdad no representa sino una protesta contra un nivel de vida bajo. En tanto existan perspectivas razonables de que las circunstancias mejorarán, eso es un síntoma saludable. He asistido a muchas conversaciones privadas entre ciudadanos soviéticos, y en algunas he intervenido, cuyo tema era el privilegio y la desigualdad. Nadie ha afirmado en ellas que el fin perseguido y deseable sea la igualdad. El objeto del ataque era siempre la formidable distancia entre los de arriba y los de abajo. Hasta ahora nadie ha afirmado que pudiera curarse el mal con el descenso de los que están arriba. Lo que anhelan es la elevación de las clases pobres. Este es también el deseo del Gobierno soviético.

En la Unión Soviética ha ocurrido algo muy natural. Durante varios años se privaron las gentes del lujo y las comodidades, y en el momento en que las fábricas las suministraron de nuevo, se produjo una agobiadora demanda. El público consideró estas necesidades materiales extraordinariamente importantes y cayó sobre todo lo que podía obtener. Los que se hallaban en las posiciones más elevadas tenían a menudo las manos más largas. En esta cuestión podían burlarse de los inconvenientes. Los hombres del Partido y del Gobierno comenzaron a darse fiestas mutuamente o se enviaban mutuamente de viaje con fuertes dietas. Pero el pesado martillo del Kremlin cayó sobre el cráneo de algunos de estos pecadores, siquiera haya que confesar que muchos de esos cráneos han quedado intactos.

Realmente, esos mismos pecadores son mucho más modestos en sus pretensiones que un burgués de la baja clase media en el extranjero. Pero aquí, y en relación con el bajo nivel de vida general, parecían casi legendarios despilfarradores o desnaturalizados millonarios. Sin esta aclaración, la imagen resultaría borrosa. Y aun hay otro factor que nos hará comprender la situación: las clases privilegiadas se hallan agrupadas muy irregularmente. En la primera fila podemos alinear a los comisarios, a los jefes militares, a los funcionarios de la nueva G. P. U., a los autores o a los mejores científicos; pero muchos obreros pueden codearse con ellos y no pocos están, seguramente, mejor que muchos funcionarios.

Algunos médicos se encuentran en buena posición; otros, en mala. El derecho de comprar en un almacén bueno y barato acrece circunstancialmente los ingresos de un ingeniero bien pagado; al propio tiempo, un ciudadano

mal pagado disfruta igual ventaja. Además, una fábrica puede hacer de todos sus empleados seres privilegiados fundando una lechería o construyendo para su gente un par de bloques de viviendas.

Por eso hemos visto en la U. R. S. S., en primer lugar, desigualdad entre los salarios, y de añadidura privilegios que acentúan esa desigualdad. Si se conceden privilegios a los mal pagados, se dará con la ecuación. Pero hoy gozan los bien pagados privilegios extra. Se hallan doblemente favorecidos.

Actualmente hay en la Unión Soviética millones de ciudadanos favorecidos. La verdad es que todo el mundo disfruta una u otra ventaja. Cuando la distribución de los géneros y de los artículos alimenticios sea normal habrá poca gente privilegiada. Para vivir no se necesitarán más privilegios. Una gran producción abolirá también algunos de los privilegios ya innecesarios. Pero en su lugar aparecerán otros. La desigualdad puede consistir hoy únicamente en la diferencia entre personas que poseen uno o dos trajes. Mañana consistirá la desigualdad en un automóvil. Pasado mañana poseerá uno un «Soviet-Ford» y otro, por el contrario, un «Soviet-Buick-Chrysler». Como el régimen soviético no prohíbe la «posesión» privada—se defiende únicamente contra el «capital» privado, es decir, contra la riqueza que puede producir nueva riqueza—y existe una escala de ingresos, según la capacidad y la actividad, siempre habrá desigualdad entre los soviets.

Personalmente, yo creo, en definitiva, que no precisa mirar la desigualdad en la U. R. S. S. como un pecado mortal. Otra cosa, y muy seria, es la desigualdad en virtud del privilegio. A este respecto mi opinión no plantea tan sólo la cuestión del privilegio en sí mismo como otra realidad mucho peor: la de que todos los días pueda ser suprimido. Pues mediante hábiles amenazas con la supresión del privilegio se puede obligar a los ciudadanos a la obediencia y a seguir sirviendo. El privilegio puede, de ese modo, convertirse en instrumento creador de súbditos, y por ello es cierto el peligro de la relajación moral mediante él.

Pero entramos en el dominio del futuro y en el área de las hipótesis.  
Moscú.

---

## PUERTAS AL CAMPO

A *El Debate*, de Madrid, órgano del jesuitismo internacional, le ha encontrado un artículo de Luis Araquistáin en *Foreign Affairs*, la gran revista trimestral de Nueva York, sobre los sucesos de octubre. Le sorprende, sobre todo, que la magnífica publicación norteamericana pida y publique artículos a un escritor socialista. Esa es, precisamente, la razón del éxito de *Foreign Affairs*: que en sus páginas colaboran desde el ultraconservador hasta el comunista; no es raro ver en ellas artículos de Trotsky y Radek. A cambio de una libertad absoluta, sólo exige que sus colaboradores sean veraces y sinceros. Y, naturalmente, para escribir sobre los acontecimientos de octubre no iba a pedir un artículo a los genios anónimos de *El Debate* ni a los genios en graz de su Escuela de Periodismo. Tampoco es probable que *Foreign Affairs* se avenga a pasar por la censura eclesiástica ni por ninguna otra como *El Debate* quisiera. Soñarlo es como querer poner puertas al campo. Roma no llega tan lejos.

# Carácter de la guerra en el régimen capitalista<sup>(1)</sup>

(CONCLUSION)

Por A. GARCIA PELAYO

(Comandante retirado)

## Voracidad mercantil. Su influencia en la guerra.

Se desprende leyendo a Spencer que, en su opinión, al transformarse el «tipo de pueblo militar» en «tipo de pueblo industrial», decrecerían las ocasiones y motivos de guerra; pero ese gran maestro de verdades que es el Tiempo ha venido a señalarnos el error de esa suposición, porque ese tipo de pueblo industrial, en su voracidad mercantil, en su necesidad vital de adquirir mercados, de buscar pasto a su comercio, a su industria, a su Banca, lejos de aminorar las ocasiones de guerra, las ha convertido en indispensables, por análogo motivo que lo fueron a los pueblos nómadas para el sustento de sus ganados, circunstancia a que ya ha aludido un autor citado anteriormente.

Efectivamente, en estos como en aquellos tiempos, la guerra no ha movido solamente a los guerreros; más bien ha hecho guerreros a todos los ciudadanos, sin distinción de sexos ni edades, porque las guerras, a semejanza del camaleón, adquieren el color del plano sobre que se proyectan. Elie Halévy termina así su libro «L'Angleterre et son Empire»: «Las mismas causas de orden científico y técnico que favorecen la concentración industrial y comercial, favorecen la concentración militar y política».

El régimen capitalista, además de caracterizar la guerra, ha caracterizado también el instrumento para ella. En primer lugar, el aumento numérico de los ejércitos llevó consigo un aumento en el consumo de elementos de boca y guerra, esto es, de productos de la industria y el comercio. Las organizaciones militares constituyeron así para el Estado, además de un útil de defensa y adquisición, un útil de consumo, un nuevo mercado abierto a los intereses mercantiles, paralelizando con ello su función puramente militar con otra función de carácter económico-mercantil (2). Este mercado, por otra parte, no era un mercado exclusivamente nacional; lo era esencialmente internacional, porque ninguna nación posee en sí misma, ni con inclusión de sus colonias propias, todas las primeras materias y productos elaborados que requieren los

(1) Véase el número de noviembre.

(2) En todos los tiempos y organizaciones estatales, el ejército, al margen de su función guerrera, ha ejercido otra función de carácter social.

ejércitos para su instrucción y actuación, y de ahí que el capitalismo viniese a estar directamente interesado y beneficiado por la «carrera de los armamentos».

Como el aumento cuantitativo de los ejércitos es función del número de habitantes de las respectivas naciones con sus territorios anexos, densidad de población e incluso lo que pudiéramos llamar rendimiento genésico del país (1) parecía natural y lógico que, alcanzado el límite y estabilizada, por consiguiente, su capacidad consumidora, este mercado se viese dificultado y disminuído. Pero cuando se ha alcanzado este límite, se produce un nuevo fenómeno, hijo legítimo del capitalismo: el perfeccionamiento e inventiva de la industria va dando a luz nuevos productos fabriles de directa e indirecta aplicación militar, y entonces se inicia (como estamos presenciando) la época del *maquinismo castrense* (significando con esta frase la adjunción en gran escala a los ejércitos de máquinas e ingenios de aplicación no exclusivamente guerrera); cuyo fenómeno se le ha empezado a designar por *mecanización o motorización del ejército*, dándose así el caso de que, cuando se creía agotado el mercado-ejército, se ha convertido nuevamente en un interesante elemento consumidor, de mayor envergadura aún y, por tanto, de mayores rendimientos para la oligarquía industrial.

De tal manera influye este hecho en la característica moderna del brazo armado nacional, que ha cambiado incluso el módulo expresivo de la potencia militar de los Estados, pues si antes era el número de hombres y bocas de fuego, actualmente no cuenta más que el *caballo-fuerza*. Así, por ejemplo el presidente del Comisariado de Guerra en la U. R. S. S., Voroschilov (K. E.) para dar una idea ante el Comité Central del Partido del incremento de potencialidad del Ejército Rojo, decía en su último discurso lo siguiente: «Si en 1929 correspondía a un soldado rojo en todo el ejército un promedio de 2,6 HP.—*horse power*: caballo-fuerza—, y en 1930, 3,07, ya en 1933 tenemos 7,74. Es considerablemente más que los ejércitos de Francia y Estados Unidos, e incluso más que el ejército inglés, que es el más mecanizado».

Aseveraba Carlyle (2) que la épica de los tiempos modernos ya no era «hombres y armas», sino «hombres y máquinas»; pero la realidad va más allá de lo que decía Carlyle, pues más que «hombres y máquinas» pudiere decirse de la época actual, en el terreno de la guerra como en el del trabajo que está caracterizada por el «*hombre-máquina*», de tal manera que no parece sino que, como dijo Mc-Kenzie, lo inerte gobierna y dirige a lo vivo.

Claro está que así el crecimiento numérico de los ejércitos, como su mecanización, han sido influenciados por circunstancias y necesidades de la lucha armada, por causas de orden militar; ni lo niego ni lo ignoro, y precisamente (diré entre paréntesis), estudiando el rendimiento militar obtenido de ese crecimiento y de esa mecanización, y ante el empleo que de hombres y máquinas se ha hecho en las últimas guerras—especialmente desde la rusa-japonesa de 1904—, que tanto recuerda el «mal Cristo, mucha sangre», he

(1) Actualmente se habla en Alemania de la «Eugenesia militar consciente» (?). Véase «La nouvelle doctrine de guerre allemande». Anónimo. Edt., B. Levrault, París, 1934.

(2) Véase A. Chiapelli.—«El socialismo y el pensamiento moderno». Trd., D. Mir. Pág. 35. t. II Edt., Henrich, 1905.

adquirido la convicción, guiado por aquella frase napoleónica: «En la guerra los hombres no son nada y un hombre lo es todo», de que en la actualidad se encuentra planteado este dilema militar: *O sobran hombres y sobran máquinas o falta el hombre*. Pero es el caso que, sin negar las aludidas causas, he de decir que yo ahora no hablo de la guerra sino bajo el punto de vista sociológico, ni estudio otras causas que las de orden político, y, por consiguiente, de un orden superior al meramente militar, que han determinado el carácter de la guerra y por tanto el de adaptación del instrumento a la función exigida, y originándose aquella en una situación política y estallando por un motivo político, con arreglo al aforismo «Lo que es causa de la causa es causa de lo causado», hemos de venir a dar, en fin de cuentas, en que las causas militares fueron consiguientemente causas *contributivas*, pero no *determinativas*; que el *alma parens* es, ante todo y sobre todo, el régimen estatal capitalista a cuyo servicio y obediencia se encuentran las fuerzas armadas de toda clase en todos los países.

Por cuanto llevamos dicho se comprenderá que el Imperialismo capitalista no ha muerto, sino que asciende a una etapa superior de dominio, a una extensión e intensión de su hegemonía (1).

Ya no son solamente las colonias y pueblos débiles los dominados y tiranizados, también las grandes potencias van siendo alcanzadas por los órganos tentaculares de ese imperialismo; de tal modo que, como dice Keyserling (2), «la independencia política de las actuales grandes potencias europeas, con exclusión de Inglaterra, no es más que una elegante expresión de su deuda a Norteamérica o a anónimos financieros. Estas ataduras pueden romperse en teoría, pero no en la práctica, a causa del cansancio de los pueblos europeos para hacer en muchos decenios un esfuerzo poderoso». Otro autor, Georges Valois (3), dice por su parte: «... la Europa de los antiguos beligerantes, vencedores y vencidos, se ve obligada a entregar cada año a los EE. UU. la amortización de su deuda en condiciones tales que más bien parece que paga un tributo a América.»

#### Las guerras del porvenir.

No ha terminado, no, la *carrera de imperialismos*; aún queda camino que andar. Por de pronto, ahí está un mercado inmenso: China. Y dos pueblos enfrentados: uno,

Japón, de régimen semi-feudal, con fiebre de crecimiento y hambre y sed de mercados; otro, Rusia, de régimen proletario, que en un confín del mundo se fragua a nueva vida como se forja el acero, como se fragua lo fuerte, sobre el yunque y por el fuego. Dos razas; dos regímenes; dos idearios y sentimientos distintos; dos espiritualidades contrapuestas... ¿Para quién será el éxito en la guerra? ¿Quién es capaz de predecir el resultado de una tormenta y las consecuencias de un terremoto? Lo que ya es más fácil anticipar es que, agotados los beligerantes, vendrán unos señores «amos del dinero» y arbitrarán la paz que impondrán al vencido, pero sin olvidar decir al vencedor aque-

(1) Véase Lenin.—«El Imperialismo, etapa superior del Capitalismo». *Nearing y Freeman*.—«La Diplomacia del Dollar», y el ya citado de *Bujarin*, etc.

(2) C. H. Keyserling.—«El mundo que nace». Trd., R. Tenreiro. Pág. 53. Edt., Revista Occidente, 1926.

(3) Georges Valois.—«Guerre ou révolution», pág. 23. Edt., Valois. Paris, 1931.

llas palabras del viejo cuento : «General : para ti, los laureles ; pero para mí las patatas.» Y para éstos será el «negocio de la guerra». Salvo, naturalmente, las sorpresas que nos tenga reservadas la dinamia y eficiencia del régimen soviético.

Estas «guerras de negocios», cuya última manifestación ha sido la guerra de 1914-1818, no son otra cosa, dentro de la marcha ascendente de la Humanidad hacia formas de vida, de espíritu y de moral cada vez más elevadas y perfectas, que febricidades de crecimiento acusatorias de la evolución del régimen capitalista, que, tras las etapas de imperialismo y super-imperialismo desembocará en un nuevo régimen estatal, en una superior constitución de los pueblos, en que la tabla de «Los derechos del hombre» será sustituida superada por la tabla de «Los derechos de la colectividad», llegándose así lo que ya demandaba en la Convención Francesa el abate Gregoire, tendencia que se acusa en las leyes constitucionales modernas en su generalidad, desde la soviética a la del nacionalsocialismo.

El actual régimen estatal, como hijo legítimo de la Revolución francesa está fundado básicamente sobre el individuo y atendiendo a las necesidades del Estado en la normalidad de la paz ; pero modernamente ese principio, por agotamiento de su contenido y posibilidades, o por otras causas, está en decadencia, y ya en (líneas generales) no es el individuo el eje de las constituciones, sino la colectividad ; los regímenes tienden a desentenderse del individuo para buscar una base transpersonalista, encontrándose igualmente en transformación evolutiva las ideas de paz y de guerra en cuanto a su relación con el Estado, en un sentido diferente del actual. Así, por ejemplo, el profesor de la Universidad de Berlín Carl Schmitt ve la esencia del Estado en una agrupación para la guerra, y Oswald Spengler dice en su último libro *Los años decisivos* (págs. 162 y 166) : «... en el porvenir, los ejércitos relevarán a los partidos políticos», añadiendo más adelante : «Por eso serán los ejércitos, y no los partidos, la forma futura del Poder», ideas que, aunque con distinta tonalidad, profesan otros pensadores contemporáneos.

Con estas corrientes de orden ideológico se corresponden y hermanan otras ideas en el orden de los hechos, como son los modernos estudios de carácter arquitectónico sobre la forma, distribución, construcción, etc. de las edificaciones que deberán integrar en lo porvenir los núcleos de poblaciones urbanas.

«Los arquitectos rusos han presentado proyectos para la construcción de nuevas ciudades adaptadas a las necesidades de la guerra moderna. Pavlov y Koschewincow son nombres europeos a este respecto. El primero se ha especializado en arquitectura doméstica ; el segundo, en planear ciudades en conjunto. Naturalmente, las ciudades tienen aspecto de catacumbas, tanto en la parte superior como en el subsuelo. Modernas catacumbas equipadas de todo lo necesario. Nada debe faltar en la nueva sociedad guerrera. Todas las dificultades serán vencidas técnicamente. Koschewincow propone una revisión de los reglamentos sobre edificación y su colocación bajo la inspección militar. Propone el adiestramiento y designación de profesores y maestros en «arquitectura de guerra». Igualmente, un ingeniero ruso escribe : «Así como en la Edad Media cada ciudad tenía sus fortificaciones y muchas construcciones como castillos, y cada arquitecto era en mayor o menor grado un constructor de fortificaciones, también los tiempos modernos requieren que el arquitecto

civil adapte su técnica a las necesidades de la guerra, con objeto de resolver el problema de la protección de las habitaciones humanas». Sin duda tiene razón. En vez de ciudades amuralladas y de puentes levadizos guardados por ballesteros, la moderna sociedad guerrera tendrá que adoptar medidas defensivas más ingeniosas y, sin embargo, más bárbaras que las de la Edad Media» (1).

Fácilmente se comprenderá que la nueva organización estatal que hemos esbozado, estos tipos de pueblos *castro-industriales*, han de desembocar forzosa, irremediablemente, en una nueva conflagración. En ella muy difícilmente, dentro del continente europeo, nación alguna podrá mantenerse neutral, ni mucho menos adoptar la cómoda y productiva postura de una *neutralidad benevolente*. Precisamente en este aspecto, y con el objetivo político de obligar a *definirse* a unos y otros Estados, el arma aérea ejercerá un papel preponderante, porque, gracias a ella, contarán los beligerantes iniciales, para ejercer coacción eficiente sobre las naciones neutrales, con más potentes medios que lo fueron en la antigüedad el bloqueo y las amenazas de ocupaciones territoriales. La *invitación* a una nación para tomar parte activa y definida en la guerra, si no es francamente atendida, irá seguida de un inmediato bombardeo, en virtud del cual se verá forzosamente obligado a entrar en la conflagración o sufrirá en su economía y en sus poblaciones las trágicas consecuencias de una negativa, con todo lo cual la próxima guerra será de carácter universal, abarcando, a lo menos, el continente europeo y presentando la lucha tres frentes en cada nación: el militar, el económico y el social, de que hablaremos más adelante.

Habida cuenta de los múltiples elementos mecánicos, químicos, biológicos —y hasta nigrománticos, pudiéramos añadir— que han de utilizarse en ella, y la enormísima potencia destructora de tales ingenios, esa guerra ha de presentarse a nuestras imaginaciones con caracteres de hecatombe. «No debe imaginarse—dice Ludwig Bauer (2)—una carnicería tan ordenada, regulada, limitada y pulcra, por decirlo así, como en la pasada guerra; desaparecerán todas las distinciones entre frente y retaguardia, entre lo permitido y lo prohibido, entre soldados y paisanos, entre instrumentos de guerra y trabajo y pacífico.»

Por la intervención, más intensa aún que en la última guerra, de la totalidad de los ciudadanos y elementos integrantes de los Estados, la futura no sólo llevará a la bancarrota a unos y otros contendientes, sino que con esa moderna espada de Breno, con ese nuevo tipo de «paz de Versalles», el país derrotado se hundirá en la más honda miseria, llevando el hambre y la ruina, no solamente a la masa proletaria —en la que incluyo, no solamente a la obrera manual, sino a la clase media y la «nueva clase media» de que habla Henri Man (3)—, sino incluso a la mayor parte de la burguesía, creando en la masa general de la nación un estado colectivo de desesperación y de odio al tinglado de la farsa que les llevó a la guerra y los llenó de hambre, y que será en su fondo aquella «conciencia revolucionaria» que diputaba Lenin como condi-

(1) K. A. Bratt. Comandante del Ejército sueco. La próxima guerra», págs. 131-132. Trd., C. G. Editor, Apolo, 1932.

(2) Ludwig Bauer.—«La guerra estalla mañana», pág. 19. Trd., J. Goicolea. Edt., Dédalo, 1933.

(3) «Pour un plan d'action», tercera edición. Liv. Rivière et C. Véase también «La idea socialista» y los artículos publicados en esta revista LEVIATAN (núm. junio-julio), todas del mismo autor.

ción previa, *sine qua non*, para la derrocarrión del actual régimen capitalista.

Aun sin llegar ese momento ni alcanzar esa situación, ¿qué está ocurriendo en el mundo? Un fenómeno que se ha presentado siempre y puntualmente en la decrepitud de todas las civilizaciones. Es una idea y un sentimiento que va adquiriendo todo el carácter de una *endemia psíquica*: la incubación y germinación— en la tranquilidad del taller como en el ajetreo del campo, en el bullicio de la ciudad, en el silencio de las bibliotecas y entre el ruido de las fábricas; en fuertes núcleos que presentan a veces sintomatología de sectas, como igualmente en grupos heterogéneos y en individualidades aisladas—de un nuevo sentimiento de la vida, una ideología social y trascendente; un movimiento del espíritu y del intelecto que, por nacer de «hambre y sed de justicia» y estar animado de un fuerte deseo y esperanza de redención futura, tiene de la religión la fe vibrante y encendida que conmueve y exalta, y de ahí que vaya ganando corazones; y dogmatizada por Marx, tiene de la ciencia la firmeza y frialdad de la convicción, y de ahí que gane también los cerebros y las conciencias.

Dice Pascual Rossi: «Hace muchos siglos, de la duda angustiosa, del vacío del mundo, del éxtasis fatigado de los sentidos, se pasaba a Dios a través de las tempestades de la carne; así pasó San Agustín, así aquellos millones de ignorados de quienes no nos ha quedado ni el recuerdo de su nombre; hace muchos siglos, del vacío de una religión que había dejado de sentirse se pasaba al culto severo de la ciencia; pero hoy, del vacío y del desaliento de las religiones reveladas se pasa a la nueva fe social, con el sentimiento de haber vuelto a encontrar, por fin, la paz y la serenidad, de haber vuelto a trazar el sentido de la vida. (*Místicos y sectarios*, tomo I, págs. 59-60.)

Los Gobiernos, ante el desarrollo que adquiere el «virus revolucionario», del que se van contagiando incluso los instrumentos de defensa y de coerción, conscientes del peligro que ello encierra para la existencia del Estado, temerosos de que, llegado el momento de su utilización, no respondan las fuerzas a lo que de ellas se demande, como también de que, llegada la guerra, la retaguardia de los frentes de lucha no «se tient pas tranquille», y buscando remedio a tales males, han dispuesto dar a sus ejércitos una mayor «seguridad política», favoreciendo, por ejemplo, el voluntariado para intensificar la profesionalidad en sus filas (a lo que contribuye también la *mecanización castrense*, por exigir de día en día mayor número de profesionales especialistas) y han procurado, además, crear o amparar la organización, al margen de los ejércitos e independientes de ellos, de otras fuerzas de tipo pretoriano, como son los «cascos de acero» y los «S. A.» (y dentro de ésta los escogidos «S. S.» en Alemania, los «Schützkorps», en Finlandia; las «Ligas de defensa» («Kaitseliit») en Estonia y («Aizsargi») en Letonia; la «Heimwehr» (fuerzas del príncipe Starhenberg), en Austria; sin contar con las diversas milicias fascistas de Italia y otras naciones.

Medidas de otro carácter, pero conducentes al mismo objeto, son, por ejemplo, el «Plan Mond», el «Spencerismo», en Inglaterra; la ley de militarización de los Sindicatos en caso de guerra, en Francia; la «Unión Company» en Norteamérica; los Sindicatos fascistas italianos, etc.

Para que la «seguridad política» de las fuerzas de represión sea la mayor posible, y la profilaxis del contagio la más eficaz, en algunos Estados, y espe-

cialmente en Alemania, se crean, a expensas del erario público, verdaderas «ciudades policíacas» en las regiones industriales, pero separadas de los núcleos de población.

Fácil es comprender que la consiguiente actuación, el juego natural de estas fuerzas en sus inevitables choques con la actuación y juego «igual y contrario» de los organismos homólogos de las masas obreras, contribuyen a crear en los actuales ambientes de hiperestesia estados de inquietud político-social que constituyen verdaderos caldos de cultivo, donde se generan odios, que conducen fatalmente a situaciones revolucionarias determinativas de choques cruentos, que, voluntaria o involuntariamente, son a modo de entrenamientos deportivos para el «estar en forma».

Es decir, que el régimen estatal capitalista, en su impotencia para resolver pacíficamente los problemas sociales que se engendraron en su propio seno, marcha a ojos vistas a un estado ascendente de inseguridad, de descontento y de revueltas que podemos calificar de «carrera de rebeliones», y cuya desembocadura vemos en ese régimen de tradición, de *Estados-Campamentos* o *Estados-Cesaristas*, como los denomina Spengler, la esencia de los cuales será, en unos países, de carácter fascista, al paso que en otros su contenido será marxista, siendo en éste, en definitiva, en el que vendrán a dar los Estados todos en el porvenir.

Y me fundo para afirmarlo así en que, siendo los momentos actuales, con sus dolores, inquietudes, temores y esperanzas, los de alumbramiento de una nueva civilización; estando basada la actual en un régimen de imperio capitalista, cuyo desarrollo hemos ido jalonando en el curso de este trabajo; siendo las civilizaciones, dentro de su general concatenación, cambios totales, antítesis de idearios y sentimientos, de conceptos jurídicos y sociales, etc., es corolario obligado que la esencia de la nueva civilización sea de carácter claramente anticapitalista, y por ende proletario.

Los actuales fascismos, aunque no sean movimientos esencialmente burgueses y adopten formas más modernizadas y astutas, buscando la atracción y apoyo de las masas obreras, y poniendo una vela a Dios y otra al diablo, flirtean en sus principios con revolucionarios y comunistas y presentan una organización sindical, etc., etc., son, por definición, antisocialistas y nacionalistas, y no son, por consiguiente, efectivos regímenes anticapitalistas. El régimen fascista—nos vamos refiriendo, como se habrá comprendido, al italiano, modelo de todos los demás—no aportó, realmente, otra novedad que la introducción en la política del factor militar, militarizándola; debe, pues, incluirse este régimen transitorio de *Estado-Cesarista*.

Expresada mi opinión respecto al régimen general futuro de los Estados, previas las etapas indicadas, quiero decir seguidamente que, a mi parecer, el comunismo de los pueblos europeos—Rusia es esencialmente asiática—no será el comunismo tipo ruso, pues así como el comunismo primitivamente implantado en Rusia hubo de ser rectificado por la N. E. P., así también en su aplicación a los restantes países ha de sufrir, forzosamente, las influencias inevitables y consiguientes a los distintos Estados de cultura y a la diversa psicología de los pueblos y las razas.

Durante ese período de regímenes de transición de que hablamos antes, y a medida que los nuevos conceptos de organización estatal y los nuevos idea-

rios sociológicos vayan extendiéndose y asentándose por el mundo, semejantemente a lo sucedido con las ideas y la filosofía de la Revolución francesa, las «guerras de negocios» darán paso a otra modalidad, a otro remozamiento de viejas guerras, a las que antaño se llamaron «guerras de propaganda» y en el futuro se denominarán «guerras revolucionarias» o «guerras sociales» (1), en el curso de las cuales cada beligerante habrá de tener en cuenta y precaverse del peligro que encierra una nueva arma de lucha, la insurrección armada dentro del propio país, que habrá de procurar, asimismo, provocarla en el país enemigo.

Y bien venido sea ese ciclo de guerras y su secuencia de duelos y quebrantos si con ellas, de verdad y *per in eternum*, llega a imperar en los pueblos, en toda la pureza de su idealidad, una sola clase social, y desapareciendo con ello los intereses egoístas que desunen a los hombres, los contrastes humanos y las injusticias sociales que engendran los odios, se alcanza, al fin, aquella aspiración suprema que debe constituir nuestro supremo anhelo: el ideal evangélico de: «PAZ EN LA TIERRA ENTRE TODOS LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD».

**Conclusión. — Moral y doctrina militar soviéticas.**

La influencia que estos cambios de régimen estatal ha de ejercer en la estructura, en la técnica y, sobre todo, en la ética del instrumento ejército, es indudable, pues de siempre y dondequiera, la organización, doctrina y espíritu del elemento armado ha sido consecuencia natural de los regímenes políticos y de los sistemas económicos de producción, y pues, como reza la estrofa de «La Internacional», *El mundo va a cambiar de base*, de base ha de cambiar también el alma de los ejércitos.

Rusia: una sola nación, entre todas las del mundo, ha cambiado fundamentalmente de base; derrocando el régimen capitalista, ha establecido nuevas formas de producción y distribución, y tras resistir y dominar la borrasca de la guerra civil y el bloqueo y la guerra de intervención extranjera, marcha adelante hacia un mundo nuevo del espíritu, de las ideas y de los hechos. Un solo ejército, consiguientemente, ha variado de sustancia; solamente el Ejército Rojo se nos presenta con un alma, con un contenido ético distinto. Todos los demás no han sufrido sino variaciones fisonómicas, cambios aparenciales pero no sustanciales; han cambiado sus máquinas por otras máquinas, sus evoluciones tácticas por otras evoluciones tácticas, sus cubrecabezas por otros cubrecabezas... y nada más. Su *alma* sigue siendo la misma; peor aún, es un *alma fría*, porque ha perdido aquella febricidad, aquella vibración, aquella exaltación, aquella pureza de ideal con que le dió vida la Revolución francesa.

Un estudio, por poco detenido que fuese, de las nuevas esencias que sobrevive en la savia del ejército soviético, rebasaría demasiadamente los límites de este trabajo; pero como, por otra parte, considero muy interesante este punto—ya que queramos o no queramos, el Ejército Rojo dará la pauta del porvenir—, voy aunque sea muy brevemente, a exponer algunas de sus facetas que sean de modo de ligera exploración de los cimientos sobre que se asienta.

Hasta ahora la base moral de los ejércitos ha sido y sigue siendo—salvo

(1) La Liga contra la III Internacional las llama «guerras proletarias», término que no juzgamos exacto.

Rusia—el «sentimiento patriótico» correspondiente al sistema de nacionalidades, sentimiento que sustituyó a la «fidelidad feudal» correspondiente, a su vez, al sistema imperante precedentemente.

El «sentimiento patriótico», como el capitalismo, nació y se nutrió del espíritu de la Revolución francesa y ha sido, de entonces al presente, la fuerza espiritual de proyección de los ejércitos. Pero utilizados éstos, no en provecho de la masa general de los conciudadanos, ni de altos intereses nacionales, sino de los particulares de la clase capitalista—como hemos demostrado—, era natural que el ejército—cuya masa y cuyos cuadros no pertenecían a esa capa social—, que se consideraba en cierto modo como relicario del patriotismo, al observar en qué forma y con qué contumacia y astucia se apelaba por los Gobiernos a ese sentimiento, manejándole indebida y abusivamente para arrastrar a la nación, no en aras, insistimos, de un ideal o de una necesidad nacional, sino para que unos señores particulares amasasen dineros, incluso en contubernio con el enemigo, era lógico, repetimos, que se morbosease a punto de agonía el «sentimiento patriótico», como se llena de mellas y salta hecha pedazos, no por la dureza del escudo, sino por la torpeza del brazo, la espada mejor templada cuando es mal esgrimida.

Superada la idea de «amor a la Patria» por la de «amor a la Humanidad», negado el patriotismo, en su concepto capitalista, por la doctrina del marxismo (1) e incompatible en su nacionalismo con el concepto comunista de «ciudadano del mundo», era obligado que los bolcheviques buscasen otra base moral para su ejército, y pues la base de la doctrina marxista es la «lucha de clases», era también obligado que la ética de su ejército se cimentase en el «sentimiento de clase». De ahí que para ingresar en las filas del ejército soviético sea necesario, independientemente de condiciones de edad y físicas y primordialmente, pertenecer a «los elementos más conscientes y mejor organizados de las clases trabajadoras», y además, ser recomendados, ser avalados por «los comités de regimiento o de las organizaciones democráticas que adopten el programa del poder de los soviets, de las organizaciones del partido o de profesiones, o, por lo menos, de dos miembros de estos organismos» (decreto del 15-28 de enero de 1918 sobre formación del Ejército Rojo). Todo ello consecuencia del artículo 3.º, letra g), de la «Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado»—redactado por Lenin—y 10.º de la «Constitución del Estado Federado Ruso»—R. S. F. S. R.—, según el cual «el honor de defender la Revolución con las armas en la mano sólo se concede a los trabajadores» (2). Lo que significa que, en tanto que en los demás países y regímenes el servicio militar es un *deber*—teóricamente para todos, pero prácticamente para los desheredados de dinero y de influencia—, en Rusia es una *prerrogativa*, un efectivo *derecho*, reservado a la clase proletaria.

En alas de ese «sentimiento de clase», como «cruzados del socialismo», han ido los ejércitos bolcheviques a luchar contra las fuerzas coaligadas de intervención extranjera, al mando de los generales Nox, inglés, y Janin y Franchet d'Esperey, franceses; contra las japonesas y rumanas; contra los «ejércitos blancos» de Koltchak y Deniquin, Yudenitch y Kaledin, etc., que

(1) Sobre el concepto de «patriotismo» en la doctrina marxista, véase la pág. 189 a 191 de Carlos Marx y F. Engels «El manifiesto comunista». Introducción de W. Roces y notas de Riazanof, Labriola, etcétera. Edt. Cenit, 1932.

(2) M. Ludwig Schlesinger.—«El estado de los soviets». Trd., M. Pedroso. Colección Labor, 1928.

encerrando en un círculo de fuego, completado con el hambre por el bloqueo, por el «cordón sanitario» de Clemenceau, trataron de ahogar en sus comienzos la Revolución, llegando hasta amenazar de cerca Moscú y Petrogrado; sin embargo de lo cual el «sentimiento de clase» de los rojos, con el «fervor visionario» de que habla un autor, venció a todos, libertando a su país de la invasión extranjera y contrarrevolucionaria, exactamente como lo hicieron antaño en Francia los *sans culottes*, demostrando así que el «sentimiento de clase» puede ser una pasión propulsora, dinámica y eficiente para conducir los ejércitos a la victoria.

Desde que en 1872 Chasseloup-Laubat dijo en la Cámara francesa, de la que era *rapporteur*: «La misión del ejército es noble y sublime; no debe, pues, descender al nivel de los partidos políticos», y el general Boulanger, al tomar posesión de la cartera de Guerra, consagró su primer discurso a la neutralidad del ejército en política, puede decirse que se consideró como fundamental el apoliticismo de los ejércitos en todo el mundo civilizado; pero con esta unanimidad de pareceres, como con tantas otras cosas, han roto los bolcheviques de una manera tan radical como definitiva, de tal modo, que en sus ejércitos la instrucción y educación política del soldado ocupa una parte muy cuidada y muy importante.

A tal extremo se preocupan de ella y tanta importancia le conceden, que la consideran y manejan como un arma de combate en el exterior y como un elemento de aglutinación en el interior para expandir por él e infiltrar en la masa del país, especialmente la campesina, el «sentimiento comunista». El llamado «rincón de Lenin», que existe en todas las unidades del ejército, incluso en las inferiores—dentro de las superiores hay uno por compañía—, constituye una verdadera «Universidad Popular», un «Seminario» de vulgarización y práctica de política marxista, dedicándose dos horas diarias a esa enseñanza, sin detrimento de la instrucción puramente castrense, enseñanza que, como veremos más adelante, tiene una aplicación militar y proemial en la guerra dentro del concepto marxista de ella.

El fundamento básico de la estrategia soviética lo integra «la masa»; pero bien entendido que, en tanto que los occidentales ven en la masa «potencia mecánica» exclusivamente, para los rusos lo más importante y primordial de la masa es su «potencia social», y por consiguiente, la «sociología de masas» es la base de su doctrina militar, como Ciencia y como Arte. He aquí por qué al tratar de inquirir la doctrina de guerra soviética hay que tener en todo momento fija la mente en el problema social que a la hora de ahora se está debatiendo en el mundo, para poder caminar con un poco de seguridad en demanda de la nueva estrategia rusa, que, como la napoleónica de su tiempo, será, con más o menos variaciones, pero en su esencia, la que habrán de seguir todos los ejércitos en las futuras conflagraciones.

En todos los tiempos la entraña del Arte Militar no ha sido, ni es ni será otra cosa que la acertada conjugación para la guerra de estos tres elementos: Hombres, Armas y Terreno. Ahora bien, los rusos, ampliando el concepto de «arma», esgrimen una nueva—mejor dicho, intensifican y perfeccionan su empleo, porque utilizarse, ya se utilizó desde los antiguos tiempos—, que es la «propaganda política subversiva» en el seno del país enemigo y a retaguardia de sus ejércitos.

Esta propaganda la utilizan como arma ofensiva y como escudo, y, en el primero de los casos, con dos aplicaciones distintas: una de ellas, como precedente de la guerra, como preparación para ella, organizando en el probable país enemigo una educación marxista de las masas revolucionarias existentes, instruyéndolas con arreglo a las directivas de Lenin y tesis de los distintos Congresos de la I. C. en la resolución de los problemas que plantea la técnica y la táctica de los movimientos proletarios, que deben culminar, en caso de guerra, en la insurrección armada y guerra civil; la otra aplicación ofensiva es la de *reactivo* contra la tendencia a la defensiva pasiva inherente al maquinismo de los ejércitos, en virtud del cual se hace sumamente difícil y sangrienta la ruptura del frente para convertir la guerra de posición en guerra de maniobra, y para conseguirlo, además del bombardeo aéreo y terrestre, entablan también un «bombardeo político» con los mismos fines que indicamos para la preparación de la guerra: con el de destruir la moral y romper la cohesión del país en general en el primer caso, y la del frente del ejército en particular en el segundo, misión que encomiendan, no sólo a organismos y «equipos» de especiales condiciones y especialmente estructurados y preparados, sino incluso a los prisioneros propios y extraños—éstos previa la correspondiente preparación durante su cautiverio—y a supuestos desertores.

De la misma manera que los mongoles de Gengis-Kan no emprendían la guerra sino con el pleno conocimiento de las fisuras y disgregación que minaban la moral de sus enemigos, de la misma manera los soviets propugnan no dar comienzo a la lucha armada en tanto la «propaganda» no acuse en el contrario un ambiente propicio de desarticulación de los resortes morales y de la solidaridad nacional bastante a determinar en ellos la conversión de la guerra extranacional en intranacional, en guerra civil. Para el concepto kremliniano de la guerra la acción del ejército regular en una campaña bien preparada por el E. M. político y militar no debe ser otra cosa que la de *sacudir un árbol cargado de fruto podrido*.

Como claramente se observa, esta teoría es hija legítima del ideario marxista llevado a la práctica por Lenin, según el cual la condición previa para obtener la victoria en la conquista del Poder político es determinar previamente en el país una insurrección armada (incluimos dentro de esta palabra, y para abreviar, las diversas etapas que establecieron Lenin, Trotski, etc.). Para los comunistas, la insurrección es, sencillamente, una rama del Arte Militar, como no ignora nadie que haya leído a Marx, de tal manera que Trotski (1), parodiando a Clausewitz, dice: «La revolución es la continuación de la política por otros medios.»

El «círculo de Lenin» no sólo produce agentes para el manejo de la «propaganda» como arma de lucha, sino también como escudo, pues por medio de ella en el interior del país propio tratan de inmunizar a todos los conciudadanos contra la «propaganda» de los enemigos.

Una ofensiva social dentro del país enemigo, una defensiva social en el interior de Rusia y una defensiva estratégica del Ejército Rojo hasta el momento propicio, en que el éxito del *asalto social* se dibuje claramente, tal parece ser, sintéticamente y por el momento, el plan de guerra de la U. R. S. S.

(1) «De octubre rojo a mi destierro», pág. 109. Trd. de Gómez de la Mata. Edt. Zevs, 1931.

Y acaso ello pueda explicarnos la pasividad con que han recibido los rusos los ataques nipones en Manchuria contra los intereses soviéticos.

Daszinski y Radopolski—«Imperialisme contre Comunisme», pág. 109—hablando del *aspecto de clase* que tomará la nueva guerra, dicen: «Este solo hecho aumenta al extremo el peso específico del factor político en la próxima guerra...», y el general Serigny, por su parte, en la pág. 49 de su obra «Reflexiones sobre el arte de la guerra», dice: «... la conservación de la moral de la nación en tiempo de guerra debe ser aún mucho más importante para nosotros, porque es precisamente en la retaguardia, esto es, en la base misma de la guerra moderna, donde comenzarán los motines.» El general polaco Romey el norteamericano Willians, el capitán inglés Liddle Hart, etc., expresan la creencia de que en las guerras futuras el estado moral de las retaguardias de los ejércitos encierra la más alta importancia para las operaciones de guerra. Todos los técnicos que discurren sobre las condiciones en que se desarrollará la lucha en lo porvenir convienen en la estrecha interdependencia y la acción recíproca de los factores económicos, políticos y militares, llegando a afirmar alguno de ellos que jugará, en fin de cuentas, el papel decisivo el factor político.

Como en su moral y en su doctrina, igualmente en la constitución orgánica del ejército, los bolcheviques han introducido distintas variaciones, pero son, a nuestro parecer, de muchísima menor importancia que las referentes a las de ética y estrategia, y por eso no diremos de tales estructuraciones orgánicas sino que en su conjunto guardan una gran similitud con las que España y Francia han dado a las fuerzas que mantienen en Marruecos.

Terminado nuestro trabajo, sólo nos resta decir que en todo el curso de lo hemos procurado tratar el tema serenamente y según nuestro «leal saber y entender», dejando que de los mismos hechos brotasen las consecuencias y las enseñanzas; hemos de decir también que, levantando nuestro corazón por encima de las pasiones políticas y sin detenernos a anatematizar ni bendecir al Estado soviético ni a la Revolución rusa, no podemos menos, sin embargo, de considerarla como un hecho histórico ingente, digno, muy digno de meditación y sereno estudio; y por último, añadir a lo dicho, dando a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, que, como militar, nos place en alto grado observar, por las enseñanzas que encierra, cómo de entre los escombros del carcomido ejército zarista han sabido los soviets sacar un nuevo organismo potente y lleno de fe en sí mismo, para el que un grupo de «esos hombres que las revoluciones educan, pero cuya historia empieza cuando la de la revolución acaba», van creando una nueva doctrina de guerra, que, injertada en el viejo tronco perenne del Arte Militar, le revigorizará y sanará de la decadencia que al presente padece; labor que están llevando a cabo, principalmente Verkchovski, W. F. Novittski, Toutkhatchovski, Swetchine y Chapochnikoff, ex oficiales zaristas varios de ellos, cultos y de prestigio en el antiguo régimen, quienes, aplicando, como hemos visto, la idea marxista a los ejércitos van sacando a la vida la nueva doctrina de guerra soviética, cuyo abolengo juzgando por lo que conocemos, se puede remontar, dentro de las naturales diferencias, hasta las campañas y conquistas de aquel mongol, verdadero rey de la guerra, a quien los suyos llamaban «Emperador de todos los Hombres» y los enemigos, «Azote de Dios».

# Una conversación entre Stalin y Wells

*Publicamos a continuación el texto taquigráfico de la ya famosa conversación entre Stalin y el eminente escritor inglés H. G. Wells, celebrada durante el último viaje de éste a Moscú. Para establecerlo hemos coleccionado cuidadosamente la transcripción de K. Umanski con la versión inglesa. Esta discusión entre dos hombres tan representativos hace resaltar con claridad meridiana el contraste entre dos conceptos difícilmente conciliables del problema social, en torno a los cuales está, en realidad, planteada la lucha máxima de nuestro tiempo.*

WELLS.—Le agradezco mucho, señor Stalin, que haya consentido en recibirme. Hace poco estuve en los Estados Unidos, y habiendo tenido una larga entrevista con el presidente Roosevelt, traté de esclarecer en qué consistían sus ideas directivas. Ahora vengo ante usted para preguntarle cuál ha sido su labor en pro de la transformación del mundo...

STALIN.—No ha sido gran cosa.

WELLS.—Voy de un país para otro como un simple mortal, y en mis frecuentes correrías suelo dedicarme a considerar, en calidad de simple mortal, lo que pasa en mi derredor.

STALIN.—Hombres públicos importantes, que despliegan la enorme actividad de usted, no pueden ser considerados como «simples mortales». Claro está que sólo la Historia puede llegar a demostrar la mayor o menor importancia de cada hombre público en particular; pero, en todo caso, usted no es de los que ven el mundo como «simples mortales».

WELLS.—No presumo de modesto. Soltamente quería decir que me esfuerzo por observar, con ojos de hombre sencillo, y no

con los del político o del estadista. El viaje que acabo de hacer por los Estados Unidos de Norteamérica me produjo una gran impresión. El viejo mundo financiero se derrumba allí, y se reconstruye conforme a nuevas normas la vida económica de aquel país. Lenin dijo que era menester que aprendiésemos el «trato comercial», y que eso únicamente podíamos aprenderlo de los capitalistas. Son éstos los que tienen ahora que venir a aprender entre ustedes a concebir el espíritu del socialismo. Me parece que en los Estados Unidos se está operando, mediante la idea creadora de una economía planificada, es decir, socialista, una profunda organización. Usted y Roosevelt parten de dos puntos de salida diferentes. Pero ¿no existe, acaso, cierta relación de ideas, algún parentesco ideológico entre Washington y Moscú? Por ejemplo, lo que allí me llamó la atención es idéntico a lo que aquí se hace: ensanchamiento del aparato administrativo, creación de una serie de nuevos órganos reguladores del Estado, organización de un servicio social que lo abarque todo. Lo que, allá como aquí, hace falta, es capacidad directora.

STALIN.—El objetivo que se persigue en los Estados Unidos es distinto al que nosotros perseguimos aquí en la U. R. S. S. El fin que los norteamericanos se han propuesto lograr surgió de la confusión económica, de una crisis de la economía. Quieren resolverla apoyándose en la actividad del capitalismo privado, sin cambiar sus bases económicas. Hacen esfuerzos por reducir al mínimo el desastre y la ruina de que ha sido causa el actual sistema económico. En cambio, nosotros, como usted bien lo sabe, en lugar de las viejas bases económicas, ya demolidas, hemos creado un sistema económico nuevo, completamente distinto. Aun suponiendo que los norteamericanos de que usted habla realizaran en parte sus propósitos, es decir, que redujeran hasta el mínimo los perjuicios que el

sistema actual ocasiona, aun así no lograrían extirpar las raíces de anarquía, que son inherentes al sistema capitalista existente.

Es que ellos se empeñan en conservar un orden económico que necesariamente habrá de acabar, que no podrá acabar más que en el desorden de la producción. De tal manera que para ellos, en el mejor de los casos, no se trata de reconstruir la sociedad, no se trata de destruir el viejo orden social que engendró la crisis y la anarquía, sino de limitar sus aspectos negativos aislados, limitar algunos de sus abusos. Subjetivamente, puede ser que esos norteamericanos piensen que están transformando la sociedad; pero objetivamente conservan las mismas bases de la sociedad actual. De ahí que no se logre, en realidad, ninguna reconstrucción social.

De suerte que tampoco la economía planificada podrán realizarla. ¿Qué debe entenderse por economía dirigida, basada en un plan? ¿Cuáles son sus principales rasgos característicos? La economía planificada tiende, en primer lugar, a liquidar el problema del paro forzoso, de los sin trabajo. Vamos a suponer que, a pesar de conservarse el sistema capitalista, se llegara a reducir ese paro a determinado grado mínimo. Pero jamás habrá capitalista alguno que esté de acuerdo en que se liquide por completo tal problema, en que se acabe con el ejército de reserva que constituyen los sin trabajo, el cual tiene por objeto principal ejercer una presión sobre el mercado de energía humana, y garantizar así mano de obra barata. Ahí tienen ustedes ya, por lo pronto, un fallo en la «economía planificada» de la sociedad burguesa. Además, la verdadera economía dirigida, desarrollada conforme a un plan, presupone el refuerzo ulterior de la producción en todas aquellas ramas de la industria cuyos productos sean particularmente necesarios para las masas populares. Usted sabe, sin embargo, que el aumento de la producción bajo el capitalismo proviene de motivos

completamente distintos, que el capital afuye hacia las industrias donde los dividendos son más crecidos. Jamás se obligará al capitalista a que se cause daños a sí mismo, ni a consentir menores ganancias con tal de satisfacer las necesidades de las masas. Sin liberarse de los capitalistas, sin abolir el principio de la propiedad privada sobre los medios de producción, no puede usted crear ninguna economía dirigida propiamente dicha.

WELLS.—Estoy de acuerdo con mucho de lo que usted acaba de decir; pero lo que yo deseaba recalcar era que si la totalidad de un pueblo acepta el principio de esa economía planificada, si el Gobierno comienza gradualmente, paso a paso y de un modo consecuente, a infiltrar ese principio, se llegará en fin de cuentas a desterrar la oligarquía financiera e instaurar el socialismo, tal como el mundo anglosajón lo comprende. Los lemas de Roosevelt acerca del «nuevo orden» son de un efecto colosal. A mi entender, no difieren en nada de los del socialismo. Me parece que, en vez de acentuar el antagonismo que actualmente existe entre ambos mundos, deberíamos, por el contrario, esforzarnos en establecer, dentro del ambiente actual, un idioma común para todas las fuerzas constructivas.

STALIN.—Cuando hablo de la imposibilidad de realizar los principios de la economía dirigida conservando las bases del capitalismo, no deseo por ningún concepto subestimar las excepcionales cualidades personales de Roosevelt: su iniciativa, su entereza, su decisión. Es indudable que, de todos los capitanes del mundo capitalista de hoy, Roosevelt es una de las figuras más relevantes.

Por eso insisto en afirmar que, cuando hablo de la imposibilidad de aplicar un plan dentro de las condiciones del capitalismo, de ninguna manera dudo de las aptitudes personales, ni del talento o de la intrepidez del presidente Roosevelt. Pero ni el adalid más genial podrá alcanzar la meta de que usted habla, si el ambiente en que

se mueve le es hostil. Teóricamente, por supuesto, cabe la posibilidad, dentro de las condiciones del sistema actual, de encaminarse poco a poco, paso a paso, hacia esa finalidad que usted interpreta como «un socialismo en el sentido anglosajón». Pero ¿qué vendrá a significar en realidad ese «socialismo»? En el mejor de los casos, significará un freno, hasta cierto punto, para los más desenfrenados logrereros, que sólo piensan en sus ganancias, cierto reforzamiento en la aplicación del principio de poder regulador en la economía nacional.

Todo eso está muy bien. Pero cuando Roosevelt o cualquier otro capitán del mundo burgués contemporáneo quiera emprender algo más serio para minar las bases del capitalismo, tropezará inevitablemente con el fracaso. Pues los Bancos no son de Roosevelt; la industria, las grandes Empresas, las altas finanzas, no se hallan en sus manos, sino que son propiedad privada. Del mismo modo que los ferrocarriles y la Marina mercante pertenecen a empresarios particulares. Por último, todo el ejército de operarios expertos, los ingenieros, los técnicos en general, tampoco están al servicio personal de Roosevelt, sino que dependen y están a las órdenes de Empresas privadas. Por otra parte, es menester recordar cuáles son las funciones del Estado burgués. Es institución en que se organizan las defensas del país, es organización que protege el «orden» existente, es aparato recaudador de impuestos. Es más: la economía, en el sentido estricto de la palabra, le importa poco al gobierno capitalista, pues no es él quien la posee. Sucede lo contrario: es el Estado el que se halla en las garras de la economía capitalista. A esto precisamente obedece mi temor de que Roosevelt, a pesar de toda su energía y de todos los medios de que dispone, no logrará el fin de que usted hablaba, si éste es, en efecto, su propósito. Posiblemente dentro de algunas generaciones fuera posible acercarse algo hacia ese fin. Pero personal-

mente creo que incluso esto es poco verosímil.

WELLS.—Quizá sea yo, de nosotros dos, el que más fe tenga en la interpretación económica de la política. Merced a los inventos y a la ciencia moderna en general, se han puesto en actividad corrientes poderosas que conducen a una mejor organización, a un mejor funcionamiento de la colectividad humana; vale decir, al socialismo. La organización y la regularización de los actos individuales se han convertido en necesidad mecánica, independientemente de las teorías sociales. Si se comienza por establecer el control del Estado sobre los Bancos, luego se extiende a las Compañías de transporte y a la industria y al comercio en general, llegará al fin a crearse un dominio absoluto que equivaldrá a la propiedad del Estado en todos los sectores de la economía nacional. Tal será el proceso evolutivo de la socialización. De suerte que el socialismo por un lado y el individualismo por otro, no resultan tan diametralmente opuestos como, por ejemplo, lo negro y lo blanco. Hay grados intermedios entre ellos. Hay el individualismo que linda con el bandidaje, y hay la disciplina y la forma de organizar que equivalen al socialismo. El organizar la economía conforme a un plan, depende en mucho de los organizadores, de una intelectualidad técnica preparada y que pueda ir siendo paulatinamente convertida a los principios del socialismo. Esto es lo más importante. Porque primero es organizar y después instaurar el socialismo. La organización es el factor primordial. Sin la organización, el socialismo no es más que una idea.

STALIN.—No existe ni debe existir un contraste irreconciliable entre el individuo y la colectividad, entre los intereses de un individuo aislado y los de la sociedad colectiva. No debe ser, pues el colectivismo, que es el socialismo, no niega, sino que asocia los intereses del individuo con los de la colectividad. El socialismo no puede ale-

jarse de los intereses individuales. Únicamente la sociedad socialista puede satisfacer de un modo amplio estos intereses. Es más, la sociedad socialista representa la única garantía sólida para los intereses personales. En tal sentido, no existe contraste irreconciliable alguno entre la «individualidad» y el socialismo. Pero ¿sería dable negar el contraste entre clases, entre las clases opulentas, la clase capitalista y la clase trabajadora, clase del proletariado? De un lado tenemos a la clase de los poderosos, en cuyas manos se hallan los Bancos, las fábricas, las minas, los medios de transporte y las plantaciones en las colonias. Estas gentes no ven nada que no sea sus propios intereses y su afán de lucro. Lejos de someterse a la voluntad de la colectividad, se esfuerzan por domeñarla. Por otra parte, tenemos la clase pobre, la clase de los explotados, que no poseen fábricas ni Bancos y que necesitan vender a los capitalistas su fuerza de trabajo para poder vivir, imposibilitados como se hallan para satisfacer las más elementales exigencias. ¿Cómo ha de ser posible conciliar intereses y tendencias tan opuestos? Que yo sepa, Roosevelt no ha encontrado la manera de conciliar estos intereses, cosa absolutamente imposible de realizar, según lo ha probado elocuentemente la experiencia. Por lo demás, usted está más enterado que yo de la situación en los Estados Unidos de Norteamérica, ya que nunca estuve en dicho país y sigo las cuestiones norteamericanas principalmente a través de lecturas. Pero, en cambio, yo poseo cierta experiencia de lo que afecta a la lucha en favor del socialismo. Esa experiencia me dice que si Roosevelt intentara en realidad satisfacer los intereses del proletariado, a costa de la clase capitalista, esta última le sustituiría por otro Presidente. Los capitalistas dirían: «Los Presidentes van y vienen, mientras que nosotros los capitalistas continuamos intangibles; si éste u otro Presidente no protege nuestros intereses, ya encontraremos otro Presidente que nos obedezca.»

¿Qué objeciones puede un Presidente oponer a la voluntad de la clase capitalista?

WELLS.—Discrepo de esa clasificación simplista de la humanidad en pobres y ricos. Desde luego existe una categoría de gentes que no aspiran más que a lucrarse. Pero ¿no es cierto que esas gentes, tanto en los Estados Unidos como en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, son consideradas como nocivas? ¿Son acaso pocas las gentes en los países occidentales para quienes la ganancia no es una finalidad; gentes que poseen ciertos medios de fortuna y quieren invertirlos para obtener una utilidad, pero sin que esto constituya el objetivo principal de sus actividades? Estas gentes consideran la inversión de sus fortunas como una necesidad más bien desagradable. ¿Acaso escasean los ingenieros de talento que se dediquen con fervor a sus labores, o economistas cuya actividad es estimulada por otro motivo que la ganancia? A mi ver, existe una clase numerosa compuesta de gentes competentes, que tienen conciencia de lo poco satisfactorio que es el sistema actual. Esas gentes están llamadas a cumplir una gran misión en la sociedad futura. Me he ocupado bastante en estos últimos años de esos estudios y he meditado mucho acerca de la necesidad de propagar las ideas socialistas y del cosmopolitismo entre ingenieros, aviadores, los círculos técnico-militares, etc. No tendría objeto, desde luego, acercarse a esos círculos llevando a ellos una abierta propaganda en favor de la lucha de clases. Todo el mundo sabe bien, en esos medios sociales, que la tierra entera se ha convertido en un caos sangriento, pero al mismo tiempo consideran que el antagonismo primitivo de la lucha de clases, tal como ustedes la entienden, es una aberración.

STALIN.—Discrepa usted de lo que llama «clasificación simplista de la humanidad» en pobres y ricos. Es cierto que existen capas medias, que existe asimismo un cuerpo técnico, como usted lo ha dicho, y que entre esos elementos hay personas

buenas y honradas. Del mismo modo que se encuentran malas y perversas. Hay de todo entre ellos. Mas ante todo la sociedad humana sigue dividiéndose en ricos y pobres, en opulentos y explotados. Apartarse de esa división fundamental y del antagonismo entre pobres y ricos, significa sencillamente desviarnos del hecho fundamental. No niego la existencia de capas intermedias que oscilan hacia cualquiera de estos dos bandos principales, o bien ocupan en esa lucha una posición neutral, a veces semineutral. Pero, repito que abstraerse de esa división fundamental de que hablamos y de esa lucha primordial entre ambas clases de base, significa ignorar los hechos. Esa lucha continúa y continuará. El desenlace sólo podrá resolverlo la clase del proletariado, los trabajadores.

WELLS.—Pero ¿cree usted que son pocas las gentes que a pesar de no estar catalogadas como pobres trabajan y lo hacen de un modo productivo?

STALIN.—Es evidente que existen pequeños labradores, artesanos y comerciantes modestos. Pero no son estas gentes quienes deciden la suerte de un país, quienes producen todo lo que la sociedad necesita.

WELLS.—Pero hay especies muy diferentes de capitalistas. Los hay que piensan tan sólo en la ganancia. Hay otros que están dispuestos a hacer sacrificios. Así, por ejemplo, el viejo Morgan: gentes como él no piensan más que en dividendos. Son simples parásitos de la sociedad, que se dedican exclusivamente a acumular riquezas para su propio beneficio. En cambio, Rockefeller resulta un excelente organizador. Ha sentado un ejemplo al organizar la distribución del petróleo, que es digno de emularse. Luego tenemos también a Ford; sólo que él es astuto y egoísta. Nadie puede negarle, sin embargo, su febril entusiasmo de organizador en materia de producción racionalizada, ramo del que ustedes mismos han aprendido bastante. Deseo hacer resaltar de paso que en estos últimos tiempos se ha venido operando un cambio

muy importante en la opinión de los países anglosajones con respecto a la Unión Soviética. Esto se debe, en primer lugar, a la actitud adoptada por el Japón y a los acontecimientos que se han venido desarrollando en Alemania. Pero existen otras causas que, naturalmente, no provienen tan sólo de la política internacional. Hay una causa mucho más honda: el reconocimiento por parte de muchas gentes de que el sistema basado exclusivamente en la ganancia privada, se desploma. En tales circunstancias, se me figura que en vez de insistir en el antagonismo que separa a los dos mundos, deberíamos esforzarnos por armonizar en grado máximo todas las fuerzas constructivas que existen. Tengo idea, señor Stalin, de que en este sentido resulto ser más izquierdista que usted; creo que el sistema antiguo está más cerca de su fin de lo que usted piensa.

STALIN.—Cuando hablo de los capitalistas que sólo aspiran al lucro y a la ganancia, no quiero decir que esas gentes sean incapaces de mejores actividades. Muchos de entre ellos tienen, sin ningún género de duda, grandes aptitudes organizadoras que no quiero ni puedo negar. Los soviéticos hemos aprendido muchas lecciones de esos capitalistas. Considero que Morgan, a quien usted pinta tan desfavorablemente como tipo negativo, es un gran organizador, muy capaz. Pero si se trata de gentes que se dediquen a reconstruir el mundo, no se puede ciertamente ir a buscarles entre los que se desviven por el lucro. Con respecto a esas gentes, nosotros representamos el polo opuesto. Hablaba usted hace un momento de Ford, quien evidentemente es un hábil organizador en materia de producción. Pero nada dijo usted acerca de su actitud con respecto a la clase obrera. ¿Ignora usted acaso la cantidad de obreros que ese magnate arroja a la calle a cada momento? Capitalistas de esa laya se hallan de tal modo embebidos en contar las ganancias, que ninguna fuerza puede arrancarles de ese fin. No, señor

Wells, el sistema capitalista será destruído no por los «organizadores» de la producción, ni tampoco por la intelectualidad técnica, sino por la clase obrera, pues las capas intermedias no desempeñan en la economía ningún papel independiente. Sabido es que tanto el ingeniero como el propio organizador de la producción trabajan, no como ellos quisieran, sino del modo que se les ordena, mejor dicho, como los intereses del patrono lo exigen. Como es natural, existen ciertas excepciones, gentes que se han curado de la intoxicación del capitalismo. Los intelectuales y técnicos pueden hacer verdaderos «milagros», y ser extremadamente útiles a la humanidad. Pero también pueden causarle graves daños. En la U. R. S. S. tenemos alguna experiencia en ese sentido. A raíz de la revolución de octubre hubo no pocos intelectuales y técnicos en general que se negaron a tomar parte en la edificación de la nueva sociedad. No sólo se oponían a esa reconstrucción, sino que hasta conspiraban contra ella, y la sabotearon. Empleamos todos los medios a nuestro alcance para atraerles a nuestro empeño constructivo. Pero pasó tiempo antes de que esos intelectuales y técnicos se decidieran a prestar ayuda activa a nuestra obra. En la actualidad, la mayor y mejor parte de ellos han entrado de lleno en las filas del constructivismo socialista. Esta experiencia nos ha enseñado, pues, a no despreciar las cualidades, ya sean positivas, ya negativas, de los intelectuales, pues sabemos que lo mismo pueden servir en algunas ocasiones para causar perjuicios como en otras para hacer «milagros». Cosa muy distinta sería si pudiéramos arrancar de cuajo la intelectualidad al mundo capitalista. Pero eso es utópico pensarlo. ¿Existen muchos individuos, por ventura, dentro de la intelectualidad técnica, que se decidieran a romper así con el mundo burgués y comenzar la construcción de la nueva sociedad? ¿Cree usted que en Inglaterra, Francia, etc., abundan tales individuos? Des-

graciadamente, son contados; los más temen desprenderse de sus amos.

Además, ¿puede perderse de vista el hecho de que, para transformar el mundo, es necesario poseer «el poder político»? Se me figura, señor Wells, que usted no concede la importancia que tiene al poder político, excluyéndolo en general de su concepto. Pues ¿qué pueden hacer los hombres, aun animados de las mejores disposiciones, si no son capaces de plantearse la cuestión de la toma del poder y si no tienen en las manos ese poder? Todo lo más podrán cooperar con la nueva clase que tome el poder; pero por sí solas no podrán cambiar el universo. Eso es tarea de una clase fuerte que aniquile a la clase capitalista, y que a su vez se convierta en dueña absoluta. Y esa clase es la clase obrera. Claro que para ello es preciso acoger la cooperación de los intelectuales y técnicos, prestándoles a su vez ayuda. Pero no hemos de deducir de ahí que dicha intelectualidad pueda desempeñar un papel histórico independiente. La transformación del mundo constituye un proceso largo, complicado y doloroso. Tamaño propósito exige los esfuerzos de una clase que imponga respeto. A nave grande fuerte marinería, y se requiere nave grande si el viaje es largo.

WELLS.—Sí; sólo que los largos viajes requieren capitán y navegante.

STALIN.—Es cierto, pero requieren, ante todo, un gran navío. Pues ¿qué es un navegante sin barco? Es un hombre sin misión.

WELLS.—El gran navío representa, en todo caso, a la humanidad entera, no a una clase.

STALIN.—Es porque usted parte de la premisa de que todos los hombres poseen sana intención. Yo no olvido que entre ellos hay muchos malos y perversos. No creo en la bondad de la burguesía.

WELLS.—Ahora recuerdo la situación en que se hallaba, hace más de veinte años, la intelectualidad técnica. El número de

intelectuales era entonces reducido, y en cambio el trabajo abundaba, de suerte que cada ingeniero, técnico o intelectual encontraba dónde aplicar sus conocimientos. A causa de eso era la clase menos revolucionaria. En cambio, ahora se nota superabundancia de intelectuales y técnicos, y por eso su estado de ánimo ha sufrido una brusca transformación. Hay especialistas hoy día que jamás hubieran prestado oído, en otras condiciones, a los propósitos revolucionarios que hoy día les atraen. No hace mucho fui invitado a una comida de la Real Sociedad Británica por nuestra Academia de Ciencias. El discurso del presidente versó en lo general sobre los planes de organización social y la dirección científica del Poder. Hace treinta años hubiera sido de todo punto imposible siquiera intentar hablar de eso, y ahora se halla encabezando esa misma Sociedad un hombre que expresa puntos de vista revolucionarios, y que insiste en la reorganización científica de la colectividad humana. La propaganda que ustedes han difundido acerca de la lucha de clases ya no está al día; se ha quedado rezagada con relación a estos hechos. El estado de ánimo de los intelectuales va cambiando.

STALIN.—Sí; me doy cuenta de ello, y eso mismo viene a explicarnos que la sociedad capitalista se encuentra actualmente en un callejón sin salida. Los capitalistas buscan en vano una salida que, además de ser digna, corresponda a sus propios intereses de clase. Podrían, parcialmente salir de la crisis, a duras penas, como a rastras; pero lo que es una salida que les permita llevar la cabeza en alto, que no choque radicalmente con los intereses del capitalismo, ésa no podrán encontrarla. Y esto, desde luego, lo comprenden ya en amplios círculos intelectuales y técnicos. Parte importante de ellos comienza a darse cuenta de la comunidad de sus intereses con los de la única clase capaz de iniciar la manera de salir de ese callejón.

WELLS.—Señor Stalin, usted sabe me-

jor que cualquiera otra persona lo que es la revolución, sobre todo en la práctica. ¿Puede, acaso, afirmarse que las masas se hayan sublevado alguna vez por sí solas? ¿No considera usted como verdad demostrada el hecho de que todas las revoluciones, sin excepción, han sido realizadas por minorías?

STALIN.—Para hacer la revolución es precisa una minoría dirigente. Pero aun la más genial, decidida y enérgica de las minorías resultará impotente si no se apoya en la adhesión, aunque fuere pasiva, de millones de seres.

WELLS.—¿Cómo «aunque fuere pasiva»? ¿Acaso la adhesión de las masas puede ser subconsciente?

STALIN.—Esa ayuda puede ser parcial, semi-instintiva o semi-consciente; pero sin que ella sea aportada por millones en masa, la más identificada de las minorías irá al fracaso.

WELLS.—He venido siguiendo de cerca la propaganda comunista que actualmente se hace en los países occidentales, y me parece que, en las condiciones presentes, resulta hartamente pasada de moda, pues tiene marcada tendencia a los métodos insurreccionales. Esta propaganda en pro de un derrocamiento violento del orden social era, quizá, oportuna cuando iba dirigida contra el dominio absoluto de tal o cual tiranía. Pero en las condiciones que ahora reinan, cuando el sistema dominante mismo empieza a descomponerse, la propaganda, a mi ver, no debería basarse en la idea de la insurrección armada, sino más bien en lo efectivo, en la eficiencia, la competencia y la productividad. La nota insurreccional me parece fuera de uso en nuestros días. Desde el punto de vista de los que pensamos conforme a un espíritu constructivista, la propaganda comunista se vuelve un obstáculo.

STALIN.—Es evidente que el sistema social antiguo se vuelve caduco y se derrumba. Eso es absolutamente verdico. Pero no es menos palpable que se hacen

todos los esfuerzos imaginables por socorrer y salvar a ese sistema moribundo. Después de sentar una premisa justa, saca usted de ella una conclusión errónea. Observa usted primero, con justeza, que el viejo mundo se está cayendo a pedazos. En cambio cae usted en un error cuando afirma que ese mundo se está desplomando y se destruirá por sí solo. No; sustituir un orden social por otro implica un largo y complicado proceso revolucionario. No es un proceso espontáneo. Es más bien una lucha, un proceso relacionado con el choque de clases. Por podrido que consideremos al capitalismo, no podemos compararlo, sin caer en cierta ingenuidad, a un árbol que estuviera a punto de caerse solo. No; la revolución, la sustitución de un orden social por otro, ha significado siempre lucha, lucha dolorosa y cruel, lucha de vida o muerte. Y cada vez que los hombres de un nuevo régimen escalan el Poder, tienen por fuerza que defenderse contra las tentativas que los del viejo régimen hacen por restablecer, violentamente, el antiguo orden social. Tienen, por fuerza, que vivir alertas, prestos siempre a parar el golpe del añejo sistema agonizante.

De suerte que usted tiene razón cuando afirma que el carcomido sistema capitalista se derrumba; pero no acierta cuando de ahí deduce que ese sistema habrá de morir por inanición. Ahí tiene usted el fascismo, fuerza perfectamente reaccionaria, que tiende, precisamente por medio de la violencia, a conservar los viejos moldes. ¿Qué cree usted que hay que hacer con los fascistas? ¿Exhortarlos a que se vuelvan buenos? ¿Tratar de convencerlos? Todo eso no ejercería en sus conciencias ninguna influencia.

No quiero decir que los comunistas idealicen los métodos de violencia. Lo que quieren es que nadie les coja desprevenidos. No quieren forjarse la ilusión de que el viejo mundo, mejor dicho, los que lo rigen, van a retirarse motu proprio. Y como ven que el viejo régimen se defiende con

la violencia, ellos advierten a la clase obrera: «Preparaos a resistir con la fuerza contra la fuerza, y sobre todo procurad que el viejo régimen, al derrumbarse, no os aplaste. No permitid que nadie os ate las manos, que son las manos con que habéis de derrocar el antiguo régimen.»

Como usted ve, la sustitución de un orden por otro no puede ser un simple proceso espontáneo y apacible, sino complicado, largo y violento. Los comunistas lo han comprendido así, pues no pueden ignorar los hechos, cerrar los ojos a la evidencia.

WELLS.—Pero ¿usted se da cuenta de lo que actualmente acaece en el mundo capitalista? No se trata tan sólo del derrumbamiento del régimen político; es una verdadera explosión de la violencia reaccionaria, que degenera en abierto «gangsterismo». A mí me parece que en el conflicto con la violencia reaccionaria y estúpida, los socialistas están obligados a recurrir a la ley, y en lugar de considerar a la Policía como enemiga, por el contrario deben sostenerla en su lucha contra la reacción. Me parece, por último, que los métodos del viejo socialismo insurreccional carecen de flexibilidad, que es ya imposible actuar con ellos.

STALIN.—No hay que olvidar que los comunistas se basan en una gran experiencia, y es que las clases que abandonan la escena histórica no lo hacen por su propia voluntad. Rememore usted, si no, la historia de Inglaterra allá en el siglo XVII. ¿Acaso no se aseguraba entonces también que el viejo orden social estaba podrido? Y a pesar de eso, ¿fué o no fué menester que Cromwell viniera a abatir ese régimen por la fuerza?

WELLS.—Cromwell procedió con apoyo en la Constitución, y en nombre del orden constitucional.

STALIN.—¡ En nombre de la Constitución recurrió a la violencia, mandó ejecutar al rey y dispersar el Parlamento, poniendo presos a unos, decapitando a otros! Pues bien, tomemos ahora el ejemplo de

nuestra propia Historia. ¿Acaso no era claro desde hacía muchos años que el orden zarista estaba en trance de derrumbamiento? Y con todo, ¿cuánta sangre costó derrocarlo! ¿Y el ejemplo de la Revolución de octubre? ¿No eran muchos los que comprendían que sólo nosotros, los bolcheviques, indicábamos con acierto la única salida posible? El capitalismo ruso estaba podrido; de eso no había duda. Y, sin embargo, usted sabe la tremenda resistencia que fué necesario vencer, y la sangre que hubimos de derramar para defender esa Revolución, aun después de consumada, de todos sus enemigos interiores y exteriores.

O si usted prefiere, pasemos a Francia en las postrimerías del siglo XVIII. Mucho antes del 1789, y para bien de la Humanidad, la descomposición del poder realista y del orden feudal era ya algo más que evidente. Sin embargo, la Historia nos demuestra que los acontecimientos no se desarrollaron, ni podían tampoco desarrollarse, sin la intervención de una insurrección popular, sin un choque de clases.

Y ¿qué era lo que entonces se debatía? Un hecho, el de que las clases destinadas a desaparecer de la Historia vienen a ser las últimas en convencerse de que su papel ha terminado. Que es materialmente imposible persuadirse de lo contrario, pues a ellas les sigue pareciendo que las grietas del carcomido edificio tambaleante son susceptibles de reparación. A esa errónea concepción y no a otra cosa se debe el que la clase agonizante decide tomar las armas y defender por todos los medios su existencia de clase dominante.

WELLS.—Pero es de notar que a la cabeza de la Revolución francesa marchaban numerosos abogados.

STALIN.—No se trata de negar la participación de los intelectuales en los movimientos revolucionarios. Pero ¿fué la Revolución francesa una revolución de abogados o una revolución popular que venció sublevando a las grandes masas contra el feudalismo, defendiendo los intereses del

Tercer Estado? Esos abogados que figuraban entre los jefes de la gran Revolución francesa, ¿actuaban de conformidad con las leyes del viejo régimen, o bien para construir un nuevo código revolucionario burgués?

No, señor Wells; la experiencia histórica, que es ya bien copiosa, nos enseña que no ha habido clase alguna que cediera nunca su puesto de buen grado. La Historia del mundo no registra semejante antecedente. Lo único que los comunistas han hecho ha sido asimilarse esa experiencia. Ellos hubieran sido los primeros en saludar la desaparición voluntaria de la burguesía, créamelo usted. Sólo que el acontecimiento, dentro del terreno histórico, resulta inverosímil. De ahí que, deseando estar preparados para todo evento desagradable, recomienden a la clase obrera que viva atenta y lista para la batalla. ¿A qué conduciría que un capitán general, comprendiendo que el enemigo no habrá de rendirse nunca por las buenas y que es preciso aniquilarle, descuidase la vigilancia de su propio ejército? El capitán o el comandante en jefe que procediera así, sencillamente engañaría, traicionaría a la clase obrera. Ya ve usted cómo eso que a usted le parecía, hace un momento, procedimiento anticuado, es, en realidad, una medida revolucionaria de gran utilidad para la clase trabajadora.

WELLS.—De ninguna manera ha sido mi deseo negar la necesidad de la violencia; pero estimo que las formas de lucha deben estar más de acuerdo con las posibilidades de las leyes existentes; que es preciso defenderlas de los ataques de la reacción. Sostengo que no urge tanto desorganizar el viejo régimen, supuesto que él, de por sí, se está desorganizando. De ahí que la lucha insurreccional contra el orden, contra la ley, me parezca algo anticuado y carente de efectividad. En suma, si exagero un tanto es con la intención únicamente de hacer aparecer la verdad con mayor real-

ce. Podríamos formular mi punto de vista así:

Primero, soy partidario del orden; segundo, ataco el sistema actual en tanto no nos garantice ese orden, y tercero, estimo que la propaganda basada en la lucha de clases puede tener por resultado apartar del socialismo a los intelectuales, que son indispensables para implantar y realizar el socialismo.

STALIN.—Si se desea realizar una gran obra social, es preciso no perder de vista, en primer lugar, la fuerza primordial y el apoyo de la clase revolucionaria. Precisa, además, la ayuda de una fuerza organizada, esa otra fuerza, que en nuestro caso es el Partido, al que pertenece lo mejor de los elementos intelectuales. Pero antes aclaremos: ¿A qué clase de hombres instruídos se refería usted cuando hablaba de las «capas intelectuales»? ¿No figuraron muchos intelectuales entre los partidarios del viejo régimen, durante el siglo XVII en Inglaterra, en Francia a fines del XVIII, o en la época de la Revolución de octubre en Rusia? No perdamos de vista que el antiguo régimen atrajo a sus filas a muchos hombres instruídos, que lo defendían luchando contra el régimen nuevo. El arma de la instrucción produce el efecto que el que la esgrime se propone; hiere donde el que la maneja pone el ojo. Resulta, pues, innegable que el proletariado tiene también necesidad de recurrir a hombres muy instruídos para defender el socialismo. Naturalmente que no van a ser los torpes los que vengán a defender el socialismo, ni a ayudar al proletariado para construir una nueva sociedad. Yo no desprecio el papel de los intelectuales. Al contrario, los tomo muy en cuenta. Lo único que me propongo saber es de qué clase de intelectuales se trata, pues hay varios tipos de intelectual.

WELLS.—Sin que antes se opere un cambio radical en los sistemas de educación, no puede haber revolución. Dos ejemplos bastan a demostrarlo. En primer lugar, el de la República alemana, que en

nada ha tocado a los viejos métodos educación, por lo que jamás ha pasado ser verdadera República. Luego, el Partido Laborista en Inglaterra, cuya ta de decisión para transformar radicalmente el sistema educativo es bien notorio.

STALIN.—Esa observación sí que ajusta a la verdad. Pero le ruego me permita contestar, ante todo, sus tres puntos. Primero, lo más necesario para hacer revolución es contar con el apoyo de las masas sociales. Ese apoyo es el de la clase obrera. El segundo requisito consiste en una fuerza auxiliar: los comunistas lo llamamos Partido. En él puede, desde luego, ingresar el elemento intelectual de obreros y técnicos estrechamente ligados a la clase obrera. Porque los intelectuales no serán jamás una fuerza si no se unen con la clase obrera. Es cosa probada que cuando se oponen a ella se anulan. Por último, hace indispensable tomar el Poder político y emplearlo como palanca para transformar la sociedad. El nuevo Poder viene a crear una nueva legalidad y un nuevo orden: el orden revolucionario.

Desde luego, hago constar que yo no soy partidario del orden por el orden, o sea cualquier clase de orden. No; soy partidario, naturalmente, del orden que defiende los intereses de la clase obrera. Pero si hay entre las leyes del viejo régimen algunas que pueden ser utilizadas en favor de la lucha por un orden nuevo, deben utilizarse. Por lo que hace a la tesis sostenida por usted en el sentido de que es urgente atacar al sistema actual si no garantizo un orden a las masas, nada tengo que objetar.

Debo decir, por último, que es un grave error por parte de usted pensar que los comunistas alaban la violencia. Ya he expresado que, gustosísimos, renunciarían a dichos métodos si vieran que las clases dirigentes daban signos de ceder el lugar a la clase obrera. Por desgracia, la Historia nos prueba hasta qué grado es utópico creerlo así.

WELLS.—Y con todo, la Historia

Inglaterra registra el caso de una cesión voluntaria del Poder. De 1830 a 1870, los aristócratas, cuya influencia había sido considerable a fines del siglo XVIII, entregaron el Poder a la burguesía, que en esos momentos sostenía, si bien tan sólo sentimentalmente, a la Monarquía. Ulteriormente pasó a establecerse, a raíz de ese cambio, es cierto, el dominio de la oligarquía financiera.

STALIN.—Pero insensiblemente ha ido pasando usted de la cuestión revolucionaria a una cuestión de simples reformas. Hay que admitir que son dos cosas distintas. ¿No cree usted que en Inglaterra, durante el siglo XIX, el movimiento cartista tuvo una gran actuación en esas reformas?

WELLS.—No; los cartistas hicieron, relativamente, poco; apenas si dejaron huellas de su paso.

STALIN.—Veo que estamos en completo desacuerdo. Los cartistas, mediante el movimiento de huelgas que ellos mismos organizaron, ejercieron una enorme influencia; obligaron a la clase dirigente a ceder en materia de sufragio universal, a abolir los llamados «burgos podridos» y a hacer otras concesiones en lo tocante a algunos artículos de la Carta Magna. Ese fué el papel histórico del cartismo: imponer reformas con objeto de evitar graves desórdenes. Hay que reconocer que, en general, entre todas las clases rectoras, la aristocracia y la burguesía de Inglaterra fueron, quizá, las más inteligentes, las más dúctiles desde el punto de vista de sus intereses de clase, y, claro está, de la conservación del Poder. Aún la Historia contemporánea nos puede servir de ejemplo si recordamos la huelga general de 1926, por lo que a Inglaterra se refiere. Otra burguesía en esas mismas circunstancias lo primero que hubiera pensado habría sido encarcelar al Consejo de las Trade Unions, que decretó la huelga, ¿no es cierto? En lugar de esto, la burguesía inglesa procedió con gran habilidad, con una estrategia flexible, que ni en los Estados Unidos ni

en Francia ni en Alemania hubiera podido desplegarse. Y es que, a trueque de mantener su predominio, las clases gobernantes de la Gran Bretaña jamás se detienen ante las pequeñas concesiones y reformas. Otra cosa sería pensar sinceramente que tales reformas signifiquen en realidad una revolución.

WELLS.—Tiene usted una opinión mucho más elevada que yo sobre las clases dirigentes de mi país. Pero ¿es tan grande la diferencia que existe entre una pequeña revolución y una gran reforma? ¿No cree usted que las grandes reformas equivalen a una pequeña revolución?

STALIN.—Bajo la presión de las masas suele, en efecto, la burguesía conceder algunas reformas parciales, pero conservando en pie la estructura del régimen económico que le conviene. Vale decir que, actuando así, las concesiones resultan necesarias para conservar el dominio de la clase que detenta el Poder. De hecho, usted lo sabe, toda revolución verdadera significa primero el traspaso del Poder de una clase a otra. Y de ahí que no se pueda llamar revolución a ninguna reforma. Y de ahí también que no pueda afirmarse que el cambio de régimen social «sea dable mediante el paso imperceptible», mediante reformas o meras concesiones otorgadas por la clase privilegiada.

WELLS.—Le estoy muy agradecido, señor Stalin. Esta entrevista ha tenido para mí una gran importancia. Mientras me explicaba usted todo esto, quizás haya estado pensando en la época en que en los centros clandestinos de antes de la Revolución difundían ustedes el socialismo. Puedo asegurar que en la hora que vivimos no hay en todo el mundo más que dos personalidades cuyas opiniones, cada una de cuyas palabras, interesan de modo extraordinario a millones de hombres: usted y Roosevelt. Los demás, aunque prediquen hasta desgañitarse, no logran ser ni leídos ni escuchados. No he tenido todavía tiempo de apreciar de un modo extenso lo que en la

U. S. S. S. se está realizando, pues acabo de llegar. Pero ya he notado las caras, el aspecto feliz y vigoroso de sus hombres y mujeres. Esto tan sólo basta ya a demostrarme que algo de enorme importancia se ha producido aquí. El contraste que observo, comparando las cosas con lo que vi en el año 1920, es, en verdad, asombroso.

STALIN.—Créame, señor Wells, que se hubiera podido hacer más si los bolcheviques hubiésemos sido un poco más hábiles.

WELLS.—Querrá usted decir si los seres humanos hubiesen sido más inteligentes, pues no habría caído mal que se hubiese inventado un Plan Quinquenal para la reconstrucción total del cerebro del hombre, al que le faltan, indudablemente, numerosas partículas que son indispensables para establecer un orden social perfecto. (Risas.)

STALIN.—¿No tiene usted la intención de quedarse para asistir al Congreso de la Unión de Escritores Soviéticos?

WELLS.—Por desdicha, múltiples ocupaciones me lo impiden; no podré permanecer aquí más que una semana. Sólo he venido a celebrar esta entrevista con usted, y me hallo profundamente satisfecho. Pero,

eso sí, aprovecharé mi estancia para tratar de convencer a todos los escritores soviéticos que en estos días encuentre para que ingresen en el P. E. N. Club, organización internacional de escritores, fundada por Galsworthy, a la muerte del cual fui elegido yo presidente. La organización es débil, pero tiene ya secciones en varios países. Lo que le ha venido a dar importancia en estos últimos tiempos es el hecho de que las manifestaciones de sus secciones son profusamente difundidas por la Prensa mundial. Insiste, sobre todo, en el derecho que a los escritores asiste de expresarse libremente todas las opiniones, incluso, como es lógico pensar, las de la oposición. Espero discutir con Máximo Gorki acerca de este asunto. Sin embargo, no sé si semejante libertad será todavía posible en U. R. S. S....

STALIN.—A eso, entre nosotros los bolcheviques, se llama «autocrítica», cosa muy difundida por toda la U. R. S. S....

Si en algo más puedo servirle, señor Wells, estoy siempre a su disposición.

WELLS.—Muchas gracias.

STALIN.—A usted, por la entrevista.

# Libros y Revistas

## Un plan más

*El plan del 9 de julio* y Jules Romains.  
(Gallimard, Ed.—París.)

Los «planistas» son muy numerosos entre los jóvenes franceses. Jóvenes de edad o jóvenes de la política, a la que hoy arriban muchos «intelectuales», literatos y escritores. En el preámbulo, Jules Romains, escritor de fuerte personalidad, explica el origen del «plan del 9 de julio». Algunos jóvenes, procedentes de diversos partidos antitéticos, como sindicalistas, socialistas SFIO o «neos», radicales, «jóvenes patriotas», «cruces de fuego» y «jóvenes republicanos», se reunieron el día 9 de julio del pasado año con Jules Romains, quien, en una conferencia, había trazado las líneas principales de un «plan» de convergencia. La «tregua» de Doumergue no podía continuar—dice J. Romains—(y no durará mucho la tregua de Flandín); «nosotros podemos despertarnos mañana con la guerra civil». Muchos jóvenes están de acuerdo, «confusamente», sobre un gran número de puntos; no quieren pegarse, sino entenderse con claridad. Los jóvenes han celebrado muchas reuniones, han formado comités de estudio, decididos a no entenderse, pero también decididos a no limitarse a fórmulas sentimentales, a un acuerdo negativo del tipo de esa «unión nacional» que consiste en esquivar los problemas que dividen, engañándose unos a otros». Al contrario — dice J. Romains —, han ido derechos a las cuestiones que dividen, deseosos de encontrar una solu-

ción. Solución, o mejor dicho, propuestas que puedan servir de base a una discusión de asamblea constituyente. El texto del «plan» no coincide con el punto de vista personal de cada miembro del grupo, ni la participación personal implica la adhesión de los partidos situados al margen del «grupo del 9 de julio» y de su plan. Las Directivas—ésta es, al menos, una confesión simpática—no constituyen un remedio mágico, sino una fórmula de coincidencia.

Veamos ese «plan». Los liberales lo han rechazado. El «Temps» lo ha calificado de «corporativismo»; pero es preciso reconocer que el «Temps» lo ha rechazado porque el «plan» se coloca decididamente contra el llamado liberalismo. La confusión de los espíritus—dice el «plan»—y las amenazas de guerra civil han acarreado, además de la crisis económica y de la desorganización política, la profunda desmoralización del país. Decadencia moral e incapacidad minan, no sólo la confianza en los hombres, sino en los principios del régimen. Los franceses se han satisfecho, durante muchos años, con la mediocridad, y ahora se despiertan. Ven que «bajo la careta de las libertades políticas y económicas se ha formado una oligarquía de aprovechados que cuentan con apoyos en todos los partidos y en la administración del Estado, y que son capaces de promover, por medio de la Prensa y de la corrupción electoral, movimientos de opinión favorables a sus intereses». Así se desacredita un régimen. Después del fracaso de los guardianes del liberalismo, urge ha-

llar remedios. Nada de estatolatría, ni de adorar la nación o la raza. El «plan» denuncia los peligros de las «místicas totalitarias» y afirma que no se trata de «uniformizar», sino de llegar a una síntesis. El estímulo del provecho ha de ser sustituido por la mística del deber; el segundo objetivo aspira a establecer un orden basado sobre la justicia. «En la situación actual, el fuerte interpreta, a menudo, la libertad como un derecho de imponer su voluntad al débil». Por otra parte, «una igualdad jurídica no significa nada si no se halla complementada por una igualdad de riesgos y de probabilidades, igualdad que puede ser realizada paralelamente a la restauración de la jerarquía, que dentro de la organización actual es sospechosa por hallarse basada, con demasiada frecuencia, sobre la fórmula, el nepotismo, el favoritismo o la edad».

La reforma del Estado debe tener como fin el poner orden en las instituciones políticas, económicas y sociales de la nación. Tratándose de una acción renovadora profunda, no puede ser obra de una asamblea parlamentaria ordinaria. Hace falta, pues, pensar en un período de transición que fijará las bases de las nuevas instituciones. El «plan» propone la reunión de una asamblea constituyente, elegida mediante representación proporcional, con un límite y una misión prefijados. Como un sistema constitucional no puede ser eterno, y para examinar periódicamente la Constitución, aunque sin necesidad de revisarla, el plan propone un Congreso de las dos Cámaras cada quince años. El Ejecutivo puede ser reforzado mediante la organización de la responsabilidad ministerial, reduciendo el número de los ministerios; el legislativo puede ser formado por las dos Cámaras, asistidas por organismos técnicos. Esas

Cámaras se elegirán por sufragio universal, integral y voto obligatorio. La supresión de las coaliciones electorales, el sistema de lista regional, el voto preferencial y el control de los gastos electorales pueden, según el plan, dar una independencia al electorado respecto al elector. La estabilidad ministerial quedaría asegurada en este modo: un Ministerio que se presentara a la Cámara y no contase con mayoría tendrá que ser separado; pero un voto de la Cámara contrario a un Ministerio que ha obtenido el voto de confianza al presentarse provocará la disolución de la Cámara y nuevas elecciones. El Senado seguirá siendo el «Gran Consejo de los Ayuntamientos de Francia» elegido por sufragio universal, en tres grados: no puede ser disuelto, ni derribar un Gobierno, pero puede desechar un proyecto de ley, votado por la Cámara, hasta tres veces. El plan propone la creación de un Consejo Nacional Económico dentro del marco regional. La reorganización de la Presidencia del Consejo (con diversas Direcciones: administración general, seguridad y policía, asuntos judiciales, economía nacional) suprime los Ministerios de Gobernación y de Justicia. La organización del país sería regional, con un Consejo general elegido por cada una de las veinte regiones, un presupuesto y una Cámara corporativa regional. Los funcionarios superiores serían reclutados exclusivamente en la «Escuela Politécnica de Administración»; el derecho sindical sería reconocido, pero el plan suprime el derecho de huelga para los funcionarios de los servicios públicos del agua, gas, electricidad, ferrocarriles, servicio sanitario. La supervisión del Ministerio de Justicia asegura la separación absoluta del Poder político y del judicial, con la reforma

del Código de procedimiento y del estatuto de los magistrados.

La escuela, única y obligatoria, es la base de la transformación moral que sustituye la idea del provecho por la del deber social. «La tendencia actual de las familias francesas es la de considerar la instrucción individual como un medio de obtener una situación social más elevada. Tal concepto es deplorabile». La cultura tiene un valor en sí misma y ha de ir de acuerdo con las realidades, desde el trabajo manual a la técnica.

Para que la libertad de Prensa sea real serían necesarias diversas e importantes reformas: creación de una Oficina nacional de la publicidad, en sustitución del monopolio, que usufructúan, de hecho, las agencias privadas; declaración y publicación del precio de costo de cada periódico y obligación de venderlo al precio debido, con el fin de reducir la influencia de las organizaciones económicas sobre la dirección de la Prensa; servicio de informaciones asegurado por la corporación de la Prensa, bajo el control de los periodistas; una represión de la difamación; formación de los periodistas; estatuto de la radio.

Un largo párrafo está consagrado a la política exterior de Francia, que ahora pasa de la demagogia nacionalista a inútiles afirmaciones de demagogia pacifista. En economía, el «plan» recuerda que «una organización completamente satisfactoria de la economía francesa no puede realizarse sino dentro del marco de una organización económica internacional». Pero se puede empezar adoptando medidas encaminadas a sustituir la idea del provecho por la del servicio social, orientando las actividades individuales y colectivas en las direcciones más favorables con una «economía consciente», en lugar de una «econ-

mía ciega», reagrupando a los productores dentro del marco social, regional y corporativo, reemplazando el capitalismo liberal e individual por un sistema en que el Estado ejerza funciones de árbitro y de control, con el fin de repartir con justicia, y según el interés general, el trabajo y el capital nacionales. El Estado sería una Federación corporativa por reunirse en él las diferentes corporaciones, y una Federación de regiones económicas por la representación en su seno de las diferentes regiones económicas. La constitución de la Corporación debe confiarse a los patronos y obreros, y el Estado no tendría que intervenir sino cuando las dos partes no llegaran a un acuerdo. En todo caso, el Estado no tendría derecho al voto, sino derecho de «veto».

Por ser impracticables, en Francia, la autarquía y el libre-cambio, sería también misión del Estado controlar los intercambios con el extranjero. En fin, el «plan» propugna la política de las grandes obras, especialmente las coloniales. Durante el primer período transitorio, el Estado debe limitar los privilegios de los «feudales» y responder a las aspiraciones sociales del país, valiéndose para ello de las armas de que ya dispone: disminución de los derechos de aduana, para obligar, de hecho, a los monopolios, a bajar los precios de venta interior (abonos); reglamentar el derecho de propiedad, para realizar un equilibrio relativo entre producción y consumo (viñas); regularizar el ritmo de la oferta y la demanda para limitar los excesos de la especulación (trigo). En casi todas las industrias no exportadoras la ganancia depende generalmente de las intervenciones del Estado, que permite a los productores y comerciantes vender a un precio superior a los mundiales. Un Estado que se permite estos

regalos tiene el derecho de establecer un control sobre la ganancia y otro de orden general; eliminar intermediarios parasitarios en la agricultura; proteger el trabajo.

En el «plan del 9 de julio» es evidente el esfuerzo para conciliar a los contrarios y encontrar salidas provisionales a los problemas económicos y políticos. Pero es evidente también la constatación del fracaso de la economía capitalista. Paralelamente a los del «9 de julio» se reunían en Francia

los «Etats Generaux» de la juventud. Tomaban parte en esta Asamblea jóvenes de asociaciones de extrema derecha y de extrema izquierda; ambos bandos reconocieron unánimemente el fracaso de la economía capitalista. Dejamos, por hoy, de comentar el «plan del 9 de julio» y las deliberaciones de los «Etats Generaux de la Jeunesse». Conviene, sí, destacar estas dos manifestaciones de intelectuales y de jóvenes franceses.

A. N.

## ERRATA

En el artículo *José Ortega y Gasset: profeta del fracaso de las masas*, publicado en el número anterior, se deslizaron dos erratas que, por darse en una cita de Ortega, queremos corregir. Léase «mohín complementario» donde decía «motín complementario», y «chantage del humorismo» donde decía «chantaje del humanismo».

## UN LAPSUS

También se deslizó en el mismo artículo un *lapsus calami* en la página 19 donde dice «de llama introvertido» (otros le denominan ciclótímico), léase, en vez de «ciclótímico», «esquizotímico». El «introvertido» de Jung es el «esquizotímico» de Kretschmer.

## EDITORIAL ESPAÑA

Publicará en breve:

## Fábulas del errabundo

POR TOMAS MEABE

Precio: 4 pesetas

PRIMER VOLUMEN DE LAS OBRAS COMPLETAS

A los suscriptores de «Leviatán» se les servirá esta obra, como todas las de la Editorial España, con un 25 % de descuento.

Administración: Alberto Bosch, núm. 10  
Teléfono 15632 - Madrid